

Ali Floressiente

Enid Pech

Mara Ruth

Monland

Nosotras las musas

RECOPILACIÓN DE CUENTOS Y UNO QUE OTRO POEMA



Editorial Garrapata Punk

Nosotras las musas .

Recopilación de cuentos y una que otra poesía.

Introducción.

Vamos a leer todo lo que se realizó durante el taller comunitario Aquelarre literario: para escritoras. Con una diversidad de temas de interés escritos de distintas maneras por mujeres de diferente edad y contexto, lo que enriquece la lectura, catorce cuentos de cuatro mujeres escritoras.

Índice.

Ali Floressiente.

Musa condena.....	7
Hechizo de amor.....	16
Monólogo sobre el erotismo.....	22
Adicción a primera vista.....	27
Las luchas de Eunice.....	32
Primera parte.....	37
El disfraz.....	44
Las temidas brujas.....	51
Eva tuvo la culpa.....	59
Una noche oscura del alma.....	65
Dilación.....	70
Lo que nunca fuimos.....	75
El álbum.....	83

Enid Pech.

La materialización de mis costumbres.....	9
Sonia Calavera.....	19
El soliloquio de la R y de la A.....	24
Querido Satanás.....	29
De mis rebeliones.....	36
Mal parados.....	42
Las mujeres insatisfechas de la calles Maple.....	46
Socorro.....	54
La Diosa Acera.....	57
La dualidad.....	61
El habitante.....	68
Hereditario.....	72
Conversación aleatoria.....	79
Morir a los 27.....	86

Mara Ruth

Tinta.....	6
Ardid.....	14
Piel de ébano.....	21
Recuerdos amorosos.....	25
Cuántas veces.....	31
Imperfecciones bellas.....	37
¡Yo, no!.....	43
Tecuich Ixcaxochitzin.....	50
Atracción luna.....	55

Yo me pregunto.....	58
Transfundir.....	64
Sabio es el tiempo.....	69
Devastación.....	74
Verme de frente.....	81

Monland

Miradas cruzadas.....	8
Hierbabuena.....	17
Encuentros.....	23
Carretera en doble sentido.....	28
Para siempre.....	36
Receta rápida.....	41
Percepciones.....	45
La nana Juana.....	53
Alboroto en la calle.....	56
¡Apestas!.....	60
Hola, Roque.....	67
Marcas.....	71
El gato Tom.....	79
La pulsera.....	84

Capítulo 1

Muso.

Tinta.

Que revelador resulta el poder de la tinta, una tinta que se puede teñir del más azul, al azul pálido, a un negro, tan negro como la bóveda celeste que, aunque haya oscuridad, también hay esperanza, una tinta negra tan astuta que nos saque del infierno o aquel que se tiñe de rojo y mancha sus manos, un rojo escarlata que tiña su nombre y caiga en el fango.

Así máquina la mente y la tinta con ella, de un poder que viene de escondrijos pestilentes o de nubes con olvido o fugaces embriagueces y fraguado lento el tiempo, torbellinos que enloquecen. Son esquirlas bien grabadas en la carne y como un ente que nos hace recordar a mi tribu y a mi gente y haciendo cómplice al papel latente, con ellas trayendo las memorias de unas risas, otras de una pena y las más letales anunciando una muerte.

Musa condena.

Cierro los ojos para meterme en su piel, para sentirla a ella: diecisiete años, las emociones a flor de piel, las ganas de enamorarse, de vivir un amor épico que tuviera aventuras conjugadas con el romanticismo de los cuentos de hadas con los que creció, con ese bagaje la vida la llevó con él.

Aunque en aquel momento me lancé a tus brazos sin saber el precipicio que me esperaba, lo cierto es que era muy joven cuando sin saberlo me condené al nombrarte mi muso, la fuente inagotable de mi inspiración: cada segundo vivido a tu lado se convertía en una aventura que yo anhelaba inmortalizar en una novela. Retazos, retazos de un amor intenso que naufragó por mi piel y mis entrañas bloquearon mi pluma. De pronto ya no era capaz de escribir sin que se tratara de ti, había un condicionante donde la sola idea o ganas de escribir me llevaban a hablar de ti. Me odiaba, odiaba no saber otra cosa más allá de ti. Así que abandoné las ganas de escribir, ya no quería saber más de ti, ya ni siquiera eras digno de mis letras.

Hasta que recuperé aquellas partes de mí que todavía anhelaban contigo una vida. Las tomé de la mano y les grité ¡Ya basta!, si vamos a hablar de él es para retomar el poder de Diosa creadora donde la historia tiene más de un final, donde ahora sí puedes ser mío.

Miradas Cruzadas .

Alex, se levantó con mucha flojera, estiró sus brazos, tomó una toalla y fue a la regadera a tomar un rico baño caliente; se lavó lentamente cada parte de su cuerpo, quería verse muy limpio, con el mejor aspecto, sin barba y con la piel radiante. Tomó una camisa azul claro, sus pantalones caqui y unos zapatos cafés muy limpios.

En la calle las chicas voltearon a verlo, él sabía que era guapo y que llamaba la atención. Solo en algunas ocasiones se sentía incómodo por las miradas de las mujeres de todas edades y también de algunos tipos que sin disimular lo veían.

Llegó a la escuela de pintura, todo estaba tranquilo, era una tarde de sábado y para él otro día más de trabajo. Entró a la salita de los lockers, metió su mochila y empezó a desnudarse, echó un vistazo al espejo y revisó que todo se viera bien. Se repitió – Es solo trabajo, pasará rápido.

El salón estaba lleno de estudiantes de pintura, eran hombres y mujeres de diferentes edades. Alex subió a la tarima y preguntó cómo debía pararse, de pronto volteo a la derecha y la vio. —¡Era Erika! — La chica de la que siempre estuvo enamorado en la prepa. Por primera vez se sintió vulnerable de estar desnudo frente a ella y deseo con todo su corazón que no lo reconociera.

La mirada de Érika cambió, cuando vio quien era el modelo para pintar, pero no dijo nada y disimuló que lo conocía. Cuando sus ojos se cruzaron un leve rubor apareció en las mejillas de ambos, pero ninguno dijo nada.

Terminó la sesión, el profesor pagó a Alex. El no recuerda cómo se vistió, ni en qué momento regresó a su casa, solo sabe que era la primera vez que sintió vergüenza de posar desnudo.

La materialización de mis costumbres.

Mine, se sentó frente al restirador que se encontraba ubicado especialmente junto a la ventana de su alcoba, acomodado ahí en un intento de obtener inspiración. Tenía en la mano apretando fuerte los lápices para difuminar y estaba completamente consciente de haber experimentado el final de un teatro que se venía montando ella y a quien conocía como El vampiro.

Vampiro era el apodo que le había puesto Mine desde que lo conoció, hace ya tres años. Ella sentía que, a diferencia de su nombre, ese apodo sí le hacía justicia a lo que realmente era. El teatro había durado exactamente tres años cuando lo vio por primera vez.

Ahora sentada con las hojas para dibujar, con el gramaje adecuado para soportar cualquier cambio, por si cambiaba el lápiz, por una acuarela o quizá un rotulador. Pues no estaba segura de pintar al óleo en el caballete o hacer algo solo con los carbones. Se sentía poco inspirada, pero era casi una obligación suya, pintar el último retrato de su colección que bien había durado los mismos tres años, había partes al óleo, con acuarelas, también pintó uno solo difuminando colores y otro con puro bolígrafo. Había arrojado pintura, pintado en realismo, hecho poderosas y terroríficas sombras, algo manchado un poco subjetivo y todo en el nombre del amor. Casi podría decir que no todo se trataba de pinturas derivadas, sino de un guion ensañado a la perfección y montado en la cabida de los dramas de ambos.

A todo esto, sus amigas habían sugerido que hiciera una exposición, ella por supuesto se había negado, alegando que morirá de vergüenza cuando él supiera que lo había pintado. Pero después de mucho insistir ella acepto y no conforme con eso una de ellas, consiguió el mismo día un lugar donde hacerlo. El dueño de la galería se sintió dudoso alegando que nunca había presentado a un artista ni siquiera un poco conocido. Aun así, su amiga lo consigo, con la condición de terminar en un mes. Por eso decidió pintar la última pieza de la colección y terminar con eso de una vez por todas.

Mine era consciente de todo lo que había pasado, y lo que no. Su faceta de enamoramiento era feliz de compartir el mismo aire, cuando miraba los edificios de departamentos y se imaginaba viviendo ahí con él. Pasando una y otra vez por el mismo lugar donde le conoció, sintiéndolo como sagrado y el espacio donde el verdadero auge de su arte comenzó.

Porque eso sí estaba terriblemente consciente que sus mejores pinturas las había hecho durante ese periodo. Le consideraba como el material de todo lo que alguna vez le había robado la voluble inspiración, tan efímera y breve. Pero se había instalado en un período de inspiración, tanto que podía recoger los pedazos de su deseo palpables en el aire.

No se robaba crédito, pues bien sabía que, si no hubiera plasmado la cara de Vampiro en un lienzo probablemente, a ese hombre nadie lo consideraría como algo fuera de lo común. Mine tenía en cuenta, que había tenido muchos amores, y si era del todo sincera con ella misma, había pasado por más guapos e incluso más interesantes que el vampiro, pero él se había instalado en su pincel violentamente. En sus pinturas había durado más tiempo incluso que en sus intereses románticos, admitía.

A Mine le gustó cuando lo vio, le gustaba su pelo y su cara. Le gustaba la complacencia que tenía para con ella, por mucho que fuera ajeno, lo intentaba.

Ahí estaba Vampiro que le estrechó la mano al verla, presentándose con formalidad. Se rieron y bebieron algo. La llevó en su coche, se acariciaron y mientras lo besaba se pregunta porque de tal familiaridad, sintió como si ya le hubiera besado antes, aunque era la primera vez que le veía. Supongo que de eso se valieron para mantener en escena tal drama.

Al despertar ese día no tenía ni idea de lo que iba a pasarle, de haberlo sabido se habría puesto un poco de rubor en las mejillas u otro color de labial.

De ese día obtuvo su primera pintura, pintó un oscuro cuadro cubierto de textura donde él estaba con una cara seria. Extraído de cuando subió a su coche para dejarla en su casa.

Su contacto físico había durado poco, se vieron contadas veces, suficientes habían sido tomando en cuenta la obsesión que trajo. Lo hicieron una sola vez, ella se había venido tres veces en su boca, Mine, estuvo quisquillosa preguntándose cómo habían logrado tal coordinación, si apenas se conocían. Aun así, de ahí nunca más se vieron las caras de nuevo. Y si el teatro provenía de tres contadas veces que lograron mirarse.

La segunda obra que pintó fue recordando su cara cuando él también, se venía, como volteaba los ojos, abría la boca ligeramente para jadear en un sonido apenas audible. Su cuerpo tirito para finalizar con la humedad salida de cuerpo directo en el vientre. La pintura era solo su cara, solo ella, con la boca ligeramente con los ojos volteados, en un fondo pálido. A esa pintura le nombró “el éxtasis”.

—Quizá nos conocíamos en otra vida — Mine, podía asegurarlo al hablar con sus amigos más cercanos — era como si ya supiéramos exactamente qué hacer y eso se sentía conocido.

Los años siguientes a eso Mine lo había pintado, y él había intentado seguir teniendo contacto, por cualquier medio y bajo cualquier circunstancia, se habían escrito mil mensajes, habían creado bastantes cuentas. En un desesperado intento de mantenerse colgados, que al final no había llegado a nada.

Los amigos de Mine, como una respuesta a sus soliloquios, se limitaban a decirlo lo idiota que les parecía todo eso. Hasta que uno dio en el blanco.

—Ese nombre tiene miedo de verte de nuevo — se limitó a contestar.

—¿Por qué lo tendría? — pregunta Mine, quien para ese momento todavía tenía un poco de esperanza.

—De enamorarse — dice — aunque se engaña así mismo, ya que es evidente que ya está enamorado, de no estarlo no haría todo lo que hace.

Ese comentario había dejado mucho en la cabeza de Mine, pensando que entonces se trataba de una situación de falta de valor. que había buscado una justificación a su manera de actuar. Pero mientras la búsqueda de él no cesaba, no quedaba menor duda.

Había pasado por varias facetas del enamoramiento a la desesperación, mientras tanto ella pasó los días escribiendo su nombre en tinta roja en sus muñecas, esperando un remedio para su problema, sus amigas le pusieron varios San Antonios de cabeza en nombre del amor. Utilizó hierbajos, endulzamientos y unas que otras lecturas de tarot o de hueso. Agradeció al universo, manifestó caricias, encuentros y un sinfín de cosas que no eran más que un bucle a su ateísmo. Luego llegó el orgullo y detrás de ella el enojo, pero casi pisándole los talones se instaló como su muso.

Un ser detonante de una inspiración tal que podría inspirar a los pinceles y las plumas. Están los mármoles de los perfiles griegos. Los burgueses con caras largas con su gótico y fruncido ceño, intentando ser mayores que el rey. Por supuesto la inspiración divina, ya saben la que animó a pintar a Cesar Borgia en la cruz, en la obra más grotesca que los ojos de Mine hayan visto jamás.

Pero de esos musos no hablaba, pensaba más allá. A su mente llegó el señor Darcy, quien había generado cosas en casi todas las personas que le habían leído, hasta la misma Jane cuando lo escribió, seguramente. Pensaba en el suyo, era aquel asentamiento de su inspiración y sus deseos, vueltas un hombre.

Se trataba de una insultante jugarreta, del mundo al dotarte de la mayor inspiración después de arrebatarte algo tanpreciado, Mine entonces comenzó a llamarle “Vampiro” tras tratarse de un monstruo, que la traía como moscas a la miel y que además sería inmortalizado para siempre en sus pinturas.

Agradeció haber terminado a tiempo, y haberle exprimido sus últimos jugos a su agrio muso. Un día antes de la exposición se sintió nerviosa, pero se consoló pensando que era prácticamente imposible que Vampiro apareciera, pues no se habían logrado encontrarse en todo el ese tiempo a pesar de estar en calles paralelas el mismo día.

A la exposición la llenaron de luces de Neón que chocaban con la palidez de las pinturas, resaltaba lo brillante de ellas, a lo decidieron e llamaron “El noctámbulo”.

La gente comenzó a llegar, a parlotear al mirar las pinturas y Mine ensimismada e inmiscuida en su propio terror, miraba a la puerta como felino con un sonido repentino.

—Tu cara de loca, le da un toque especial a la exposición — dijo su amiga con algo de ternura — ¿Estas preocupada?

—¿Y si viene?

—Yo me sentiría halagada — respondió terminantemente.

La exposición fue todo un éxito, vendió todas las pinturas menos una la primera. La cual había agregado que no vendería desde un principio. Conforme avanzaba la noche y recibía felicitaciones, bebía vino, reía con sus amigos. Su preocupación disminuyó y pronto dejó de pensar en eso.

A la 1:00 de la madrugada cerraron la exposición, su amiga y ella aún se quedaron dentro disfrutando la nostalgia del fin. Mine dio todo un discurso, de lo que sentía, ambas lloraron mientras bebían más vino, los minutos pasaron y de pronto el tiempo se detuvo.

—Lo siento señor ya está cerrado, la exposición ha terminado — dijo el guardia de la puerta. Ambas amigas giraron la cabeza, tras el cancel de cristal estaba El Vampiro, intentando entrar.

Mine se quedó helada, petrificada al momento, sintió los segundos pasar lentamente, mientras él intentaba a toda costa entrar. Se armó de valor cuando su amiga la golpeó con el brazo con su codo.

—¡Déjenlo pasar! — musito al final ella. El hombre giró la cabeza y la miró directamente.

—Minerva — dijo él, entrando a la galería. Ella sintió que perdía el suelo al escuchar su nombre venido de su boca.

Su amiga no interfirió, y ninguno dijo ni media palabra más. El vampiro se volvió hacia la pintura y la miró por varios minutos, con la boca entreabierta y los ojos brillantes. Mine sintió vergüenza, como si todos sus temores se hubieran materializado, pero sobre todo porque El vampiro descubriera lo muy obsesionada que estaba.

Los minutos pasaron, él seguía colgado en la pintura. Pero ninguno dijo nada, solo se quedaron parados hombro con hombro, él bajó la mano y le acarició el brazo mientras veía la pintura. De Mine su vergüenza disminuyó y se sintió mucho mejor al recibir sus caricias. Sus emociones eran complejas, porque se había acostumbrado a su presencia por mucho que no lo viera nunca, una presencia formulada en su cabeza. Verlo ahí era como la materialización de sus costumbres. Sus costumbres hechas un hombre. Además, la confirmación de que todo pasó en

realidad, porque alguna vez se preguntó si en realidad todo eso había sido real y no lo había inventado su cabeza. Pintarlo había sido vivir en un sueño creado y verlo la materialización de todo.

Las emociones de ambos eran explosivas, al grado que podían sentirse en el aire. Tan intenso y caliente, como volver al ensueño.

Finalmente, tras veinte minutos de silencio.

—¿Quieres ir por un trago? Conozco un lugar que te gustara — preguntó El vampiro, girándose para verla, ella aceptó con la cabeza, él la tomó de la mano y ambos salieron de ahí para perderse en la calle.

Capítulo 2

Hechizos y Artilugios.

Ardid.

Era esa noche, si esa noche donde no podía fallar, sentada frente al espejo, mirando mi rostro, un rostro que aborrecía al mirar, sus protuberancias y rojeces acentuando la fealdad, urgía hacer algo, algo de verdad. La misma luna cómplice que de tan desdichada pena ayuda a ocultar. Sujeté torpemente la brocha y maquillé sin parar, decidida en marcha a trabajar ocultando todo vestigio con un talento sin igual y le proporcioné a ese rostro una confianza bestial. Solo esos tiernos ojos palpitantes e inocentes al mirar.

Miraba y seguía pensando por fin una oportunidad, una dónde él vendría a bailar. Nosotros un pequeño grupo de estudiantes, ansiosos por amar, uno en particular guapo, tierno y agradable urgía conquistar, y mostrar mi tierno corazón que, al mirarlo desbocado sin parar, frasco de perfume por el suelo me obligó a despertar, situando en el reflejo del espejo bello rostro sin fallar.

Con tan tremendos brochazos de maquillaje para ocultar protuberancias y todo lo que no fuera perfecto, ojos, mejillas, labios ¡genial, listo, bella y gentil!

Él y yo bailando

De pronto gota de sudor

Mancha mi ropa

El maquillaje escurría

Yo huyendo

Sus brazos vacíos

Rímel escurrido

Yo acobardada

El desconcertado

Yo escondida

El encontrando

Los dos de frente

Los dos mirando

Yo aterrada

El rozando

Los dos hirviendo

Los dos quemando

Y tú, luna traicionera llorando

Los dos mojados

Locamente enamorados.

Hechizo de amor.

Samantha amaba la sección esotérica de cualquier revista, de las de adolescentes, las de mujeres, chismes, o deportes, todas las hojeaba. Cuando iba al supermercado amaba formarse en la fila más larga, para así tener tiempo de hojear la mayor cantidad de revistas. También, mientras esperaba su turno en la estética, Samantha devoraba la sección esotérica y si nadie la veía, a veces arrancaba el cachito de las recetas de dicha revista para atraer el amor, dinero, buena suerte, abundancia o un viaje inesperado.

Dedicó varios días de su vida a rituales y hechizos que terminaban en la basura o en el olvido sin mostrar algún efecto en su vida. Hasta que una vez probó escribir en la manzana más roja y brillante del frutero el nombre del muchacho que le gustaba, para después endulzar su nombre con miel, agregar canela en polvo para despertar la pasión y cubrirla con la luz de la luna. Sin embargo, a los pocos días fue sorprendida y aterrorizada por una hilera de hormigas que transitaba por su casa, dispuestas a poseer la manzana.

Para no perder la costumbre de matar el tiempo hojeando las revistas, comenzó a leer la sección de consejos y dudas, donde la mayoría de las personas que escribían eran mujeres pidiendo auxilio, para dejar a la pareja infiel, para superar un mal amor, cómo atraer a un hombre, fue así como decidió canalizar la misma devoción que tuvo por los hechizos a seguir los consejos. Empezó tomando el de una mujer que había hecho de todo, para enamorar a un tipo que nunca la tomó en serio y se fue con otra; el consejo cerraba con la frase “Ese amor que tanto anhelas dárselo a otro, empieza a dártelo a ti”, el cual además daba una lista de quince cosas que puedes hacer para demostrarte amor propio.

Así que comenzó por levantarse más temprano para salir a correr, y que así le diera tiempo también de escoger su ropa favorita y arreglarse un poquito más. Estaba decidida a que cada que saliera de su casa, saliera satisfecha por lo que reflejaba el espejo. Ella simplemente fue llenando su agenda de actividades que la hacían conectarse consigo misma, auto descubrirse, llenarse de energía. Se sentía magnética y poderosa, se dio cuenta que no hay hechizo más poderoso para atraer sus deseos que el amor propio.

Hierbabuena .

Sarah estaba buscando algunas hierbas medicinales en el bosque, su abuela le había enseñado a identificar las hierbas buenas de las malas, los hongos alucinantes de los comestibles. Ella conocía el bosque a la perfección, pues desde niña sintió curiosidad por lo que hacía su abuela y le encantaba acompañar al bosque.

Olivia, su madre le decía que tuviera cuidado, que no revelara lo que hacía porque había vecinos que creían que sólo ese Dios podría curarlos. Olivia nunca mostró lo absurdo, que le parecía lo que decían en la iglesia, pues su temor a las represalias le hacía callar.

Sarah siguió buscando hierbas, aunque simulaba que lo que iba a buscar era leña para la chimenea. Hacía mucho frío, se acomodó su chal de lana, su vestido era largo y calzaba unas lindas botas de piel de oso.

Por fin, vio las hierbas, rápidamente las cortó y las guardó en una bolsa escondida en su pecho. Sarah escuchó ruidos de caballo, vio a un hombre vestido con sotana y una cruz colgando en el pecho. Ella tomó una pequeña manta que tenía amarrada con algunos trozos de ramas que juntó, solo para simular que buscaba leña.

El jinete se detuvo y empezó a cuestionarse, ella agachando la cabeza mostró, nerviosa, los pedazos de leña. El inquisidor no conforme le pidió le mostrara las manos y que se quitara el chal.

—¡Date la vuelta! – miro detenidamente a la chica, después le pidió que besara la cruz. Sarah obedeció y siguió callada.

El inquisidor hizo una mueca y le dijo

—¡Vete! No te quiero ver aquí en el bosque sola- ¿Qué no tienes marido o padre que te acompañe? — Sarah no contestó y agachó la cabeza. El jinete montó su caballo y se alejó del lugar.

A Sarah le regresó la sangre al cuerpo, se tocó el pecho, acariciando las valiosas hierbas que había juntado.

Olivia ya estaba preocupada en casa. Asomada por la ventana, observó cuando Sarah llegó, corrió a abrirle la puerta y a abrazar a Sarah con gran alivio.

—¿Las conseguiste?

—Sí mamá – contestó Sarah.

George estaba en la cama con un paño frío en la frente. Hicieron el té y se lo dieron al niño y al notar que la fiebre bajaba respiraron aliviadas.

— Sarah — llamó Olivia — Ya no vuelvas a ir al bosque, es peligroso, no quiero perderte como a tu abuela, no soportaría ver a mi hija consumirse en la hoguera.

Después las dos mujeres escondieron bajo su piso las valiosas hierbas que tantas veces habían salvado sus vidas.

Sonia Calavera.

Era un día caluroso, casi tanto que la brisa era sofocante y el día brillante. Había un muchacho sentado en el estacionamiento, adentro de su coche rojo con el codo afuera de la ventana, me miró un segundo lo miré también, sonreímos. Un galán cubierto con una chamarra de cuero y parches cosidos. El peinado echó hacia atrás y las Dr. Martens cuando bajó del coche.

A pesar de su belleza lo ignoré y entré a la universidad intentando ignorar todo aquello, aunque más tarde lo encontré en el pasillo. Dijo su nombre y yo respondí a cambio el mío:

—Sonia.

También ignore a la vez a una mujer furiosa detrás de él, dentro del salón con los ojos como platos y los labios tan apretados que poco oxigenaban.

— ¿Quieres dar una vuelta en el coche? — preguntó él, yo ignoré la furia de aquella mujer y di una vuelta en su coche con él. Nos besamos y lo hicimos días más tarde en el asiento trasero del auto.

De pronto, yo ya lo tenía de la mano en los mismos pasillos de la universidad. A ella la vi un par de veces con la misma mirada furiosa. Fue irrelevante en ese momento, me sorprendía que jamás me dijera ni media palabra, cuando yo habría pensado que en cualquier momento me golpearía directo al rostro. Aunque ese día la vi, no le tomé importancia.

Esa misma tarde me fui a mi casa, me recosté en mi cama y ya no supe nada más.

Desperté en esa habitación, donde había una especie de cama de piedra, yo estaba ahí sujeta. La habitación era oscura iluminada con unas velas rojas, había un mueble con botellas con contenidos viscosos, hierbas por donde quiera, que colgaban del techo o sobre los muebles. También un caldero y una estrella pintada en el techo.

Aquí estaba ella vestida con shorts y una playera color amarillo, después de detectarla me roció un líquido verdoso de uno de esos frascos directo en el cuello, para después cortarse la palma de la mano, hacerse sangrar con un afilado cuchillo y también dejarme caer toda la sangre sobre el cuello, sentí su sabor en mi boca.

Dijo un montón de palabras que yo no entendía, ni mucho menos reconocía. En ningún momento me miró directo a los ojos, permaneció con ese semblante furioso que siempre tenía en la cara. Ese montón de palabras extrañas la sacó de un viejo grimorio, para después empezar a cortarme, yo no sentía dolor y eso lo agradezco.

Mientras me cortaba el cuello de lado a lado, sentí mi sangre caliente caer, y mi cabeza separarse de mis hombros. ¿Cómo te explicas que ahí mismo abandoné a mi cuerpo y no conforme con eso seguí existiendo?

Continué existiendo en mi cabeza separada de mi cuerpo. Mi cuerpo quedó flácido e inerte, casi como la desaparición absoluta de algo que siempre estuvo conmigo. No morí por supuesto, pero qué tal la tremenda desconexión con mi cuerpo.

Mi cuerpo también fue ignorado por ella, parecía que esa parte no era la que le interesaba. Sin embargo, mi cabeza era de su más amplio interés. Me tomó de las mejillas y me miró con una sonrisa poseída y vengativa, con los ojos tan abiertos que casi sentí vértigo cuando me arrojó.

Me arrojó al caldero verdoso.

— Hay tienes— mencionó.

Sólo cuando me arrojó al caldero sentí dolor, mientras me sumergía y esos líquidos me cubrían, perdí la conciencia, me sacó lo de adentro y me hirvió por un rato. Y no desperté hasta después.

Desperté vi el brillante rojo del convertible de él. Yo estaba colgada del espejo retrovisor, como una cabeza reducida de jíbaro. Sí, como aquella temible tribu que acababa así con sus enemigos y al reducir sus cabezas evitaba que sus almas volvieran a cobrar venganza por haberles asesinado. Pero esta mujer con todas sus estrellas y sus picos, sus menjurjes y sus hechizos logró que mi conciencia se quedará ahí donde había estado siempre, por mucho que fuera una pequeñita cabeza sin cuerpo.

Como una cabeza reducida de jíbaro, como un simple souvenir de carro. Él me miraba sabía que era yo. Me explicó que era una despechada bruja. Nunca terminó de disculparse, nunca lo perdoné. Pero iba junto a él en su convertible rojo mirándole de por vida.

Pobre de mí, pobre cabeza reducida, diminuta. Pobre de mí Sonia calavera.

Capítulo 3

Erotismo.

Piel de ébano.

Nunca olvidaré ese día tan caluroso de verano, con un sol bronceado. Fue mi presencia o ese bello vestido rosa y ramilletes de flores satinado, que llamó tu atención. O fue ese sudor que empapó la tela, ciñó mi figura adhiriendo el vestido a mi cuerpo. Él cabello con olor a flores y frutos frescos, un andar delicado por ese autobús casi lleno. Fue solo un asiento junto a ti, destinado para mí, mi oído bien educado me hizo saber de tu respirar, ese respirar profundo y a la vez pausado. tan cerca de mi cuello que me hizo estremecer, me mantuve erguida tratando de disimular, mi timidez que afloro, pero mi mirada curiosa no pudo evitar voltear hacia el piso y darme cuenta de que eras un enorme ejemplar, que me arrancó el aliento haciendo uno solo.

Mi pulso se aceleró y mi corazón ya casi desbocado, mis sentidos exacerbados por su gran presencia. Aun sin ver su rostro, él calor, era abrasador pero tu calidez no la olvido. Fue una voz a lo lejos que me hizo reaccionar: ¡BAJAN!

Yo en una acción intrépida, gire mi cabeza para mirar tus rostros. Un rostro varonil y de rasgos atractivos, aumentó mi sudor, fueron esos enormes ojos y piel de ébano que terminó por incendiar mi excitado y agonizante cuerpo.

Monólogo sobre el erotismo.

Para tener una idea clara sobre una de las aristas que explica o define la palabra erotismo, busco en Google, elijo el que en este momento deseo explorar:

“La capacidad que tenemos los seres humanos de sentir, provocar deseo y placer sexual”

Así que, me desnudo frente al espejo para contemplarme a detalle, salgo de este ensimismamiento con ganas de provocarme placer a mí misma, pero me detiene una idea que pasa por mi cabeza: “sucio, pecador” —Espera— la cuestiono— ¿Tú de dónde vienes? ¿A ti quién te invitó? Si este precioso cuerpo dentro de todas sus magníficas funciones se encuentra justo intentando gozar y disfrutar. El placer tiene diferentes caminos, disfrutar de un paisaje, un atardecer, saborear una fruta, y por supuesto que uno de ellos es el sexual, tan inherente a la naturaleza femenina que posee un órgano, “el clítoris” cuya única función es esa: sentir placer, sentir rico.

Este cuerpo se me dio como vehículo para vivir esta existencia, me niego a que la parte del dolor y el sufrimiento sea la única válida, ¿Por qué me quieres negar el derecho al placer con palabras obtusas y arcaicas?

Y entonces entiendo, que estas ideas vienen de las mujeres que me precedieron, del rechazo a esa curiosidad por explorarse que algún día les infundieron en la iglesia, junto con el miedo al infierno y a la vergüenza, las convencieron de que el sexo era solo para tener hijos. Me horroriza saber que en el pasado se les condenó a las mujeres a la castración, mientras que los hombres han tenido carta abierta.

Agradezco, mejor agradezco haber nacido en estos tiempos donde, aunque el machismo sigue presente, ya no rige sobre nuestros cuerpos, ya no le permitimos determinar nuestro valor, en función de si hemos decidido o no iniciarse en las artes sexuales, son tiempos en los que nos podemos casar de blanco sin importar con cuántos nos fuimos a la cama.

Agradezco lo afortunada que soy y deseo cada navidad que todas las mujeres de todos los tiempos hayan sido y sean soberanas de su cuerpo, dueñas de su placer. Porque me duele pensar que las mujeres, que me precedieron fueron criadas por un discurso misógino que condena al infierno a aquella que se atreva a pecar con el disfrute de su cuerpo

Reconozco y agradezco a mi cuerpo por todas las veces en las que me ha permitido acceder al placer.

Encuentros .

Te miré, pero sinceramente no me gustabas mucho, pero tus ojos tenían un brillo especial. Fueron esas dos copas de alcohol y la comida deliciosa que pedimos, que me relajaron. Me sugeriste ir al hotel, yo hacía mucho tiempo que no estaba con alguien.

Me sentí fuera de lugar y pensé – Este chamaco me verá un poco vieja para él y creo que será un desastre— Acepté, me dije – Pues total, ya no nos volveremos a ver — yo ya había renunciado a ese trabajo.

Fui con muchos nervios, estaba consciente de la atracción que tenía para mí, lo desconocido. Me desnudé con mucha facilidad y me miré al espejo, confieso que me gustó lo que vi.

—Si tú estabas nervioso, pues disimulaste bien.

Nos besamos, no sentí nada. Poco a poco, usando nuestras manos fuimos tocando cada parte de nuestros cuerpos y rápidamente nos transportamos a otro mundo. En tu mirada vi al amante de otra vida, de repente sentí que te conocía, me perdí contigo en el juego de nuestros cuerpos.

Seguimos con las caricias y los besos, tú retrasaste acertadamente la penetración, esperaste a sentir mi humedad. Toqué y besé cada centímetro de tu cuerpo igual a como lo hacíamos, en esa otra vida en la que también fuimos amantes.

Ese día un hilo ligero y simple nos unió, quedamos extasiados orgásmicamente sin más explicación que las sensaciones. Me llevaste a mi casa, en el camino hablamos poco, yo solo te indicaba como llegar a casa. Los dos no entendimos, por qué sin conocernos logramos encontrarnos.

Dormí recordando cada momento con una sonrisa y la certeza de que jamás, te volvería a ver. Me buscaste días después y la curiosidad de saber, si eso fue real nos hizo vernos muchas veces más obteniendo el mismo resultado.

El tiempo ha pasado, nos separamos y ahora simplemente prefiero quedarme con esa bella historia. – No me pidas que te vuelva a ver. Prefiero volverte a encontrar en alguna otra vida, como amantes conocidos.

El soliloquio de la R y de la A.

Qué podría decir yo, de la erotizada casi fetichista perspectiva masculina sobre mí. Aun así, tengo un abrupto deseo por la gente que se parece a mí.

Casi tan frágil como las relaciones humanas, están mis inseguridades, mis patadas mentales a la hora de mi desnudez. Pero te cuento de las penetraciones pocos, desee más el vibrante vehículo blanco.

La A, con tu ligero toque tan suave del agua caliente me recargo en su pecho y le beso todo.

De la R solo mi mente, mis manos entre mis piernas y una que otra brocha adentro. De entre mis creaciones más eróticas.

De la A, un miembro grande, unos ojos con malicia y una penetración continua. Una cama con guisantes y una estabilidad casi tan erótica como el coito mismo.

De los vehículos blancos he de hablarles, de la R y la A ambos lo poseen, igual que a mí.

La R, con fotos y regalos. El mismísimo nacimiento de una pura y latente idealización. Me queda imaginar mis masturbaciones y las de él. Simplemente el génesis de mis ideas más nefastas.

De la A, que te puedo decir: bendita letra una cosa húmeda que se desliza, el vaho caliente su boca que me alimenta como el seno de una madre a su recién nacido. Casi una lengua deslizante, me atraganto, lo escupo, me penetra.

De penetraciones no hay mucho, solo de la R y la A.

Capítulo 4

Amor.

Recuerdos amorosos.

Vengo de una familia de ferrocarrileros y transportistas, mi abuelo materno era el que conducía una máquina locomotora, mamá platicaba mucho de él, de sus largos viajes por toda la República mexicana, de los sabores, olores, y colores tan variados de costumbres y tradiciones, incluyendo su sin fin de enamoradas, me reí. Sería por esa larga figura de piel morena de ojos claros y vivaces su bigote perfectamente presentado de los años veinte y no sólo lo construí en mi mente, sino tomaba una pequeña fotografía que mamá guardaba en su tan amado relicario, el siempre a la moda. Mi imaginación de niña no se hizo esperar, mi abuelo era Don Quijote de la Mancha por su larga figura, estoy convencida que así fue. Entre estar escuchando y la imaginación seguía mamá relatando que cuando niña alguna ocasión la llevó.

—¡Fue un viaje maravilloso lo que viví a lado de él!

Mamá no podía ocultar la alegría con que llegaban esos recuerdos, lo hablaba de tal forma, como si estuvieran en tiempo presente. Estar cerca de su padre que era un hombre tan amoroso, que sólo al mirarla tenía toda su aceptación. Por un momento pensé que mamá se había olvidado de mí, mamá no reparaba en entusiasmo describiendo una a una su experiencia, como era el sonido de la máquina, la velocidad,

— ¡Era impresionante!, la velocidad de esta nos daba la impresión de chocar en los árboles que zigzagueaban a nuestro paso. Los cambios de clima tan abruptos.

Esos cambios de los que mencionaba mamá me hacían recordar sus cambios de humor, donde yo procuraba alejarme de su vista, no podía entender el porqué, decía ella cosas de adultos, y yo no podía quedarme callada y muy bajito refunfuñaba:

—Yo no voy a crecer, será por eso que soy la chaparra del salón— me reía recordando.

Mamá seguía con sus relatos, aunque yo por momentos me distraje se retome de nuevo su historia en donde decía que ella era la consentida de papá, ¿Y cómo yo no tuve uno? Ella fue la más pequeña de cuatro, uno muy parecido al abuelo y los

otros dos a la abuela, con todo y su genio, aunque mamá no reconociera que ella también tenía mal humor. A ella le hacían burla diciéndole que la habían traído en un canasto lleno de algodón, decía que en su alma de niña había terminado por creer esa historia, yo pensé que solo era ingenua, mientras me reía. Ella era la pequeña y yo sintiendo un calor excesivo me hizo despertar de un ¡feliz sueño!

Adicción a primera vista.

Era un verano más, donde tenía que hacer algo con mis tres meses de vacaciones, aunque cada año volvía al mismo curso, este verano era más húmedo por las mañanas ¿Habría sido un mal augurio? No lo sé.

Me encantaba atravesar el parque y percibir los olores que la lluvia deja a su paso, con esa sensación diurna, la pansa vacía entré al salón y ahí estabas tú, con tu cabello emulando una corona de picos, tu collar de cuentitas blancas, tus labios grandes color cereza, que contrastaban sobre tu tez blanca, tus ojos pequeños intentando pasar desapercibidos detrás de esos lentes de armazón negro.

Había algo en ti, que me robó el aliento, no podía parar de mirarte, sentía una fuerza centrífuga que me lanzaba a querer más y más de ti; conocerlo todo, creo que te diste cuenta porque me llenabas de micro dosis de tu vida, sin tanto detalle, de vez en cuando como quien al azar elige un día para ir a tirar migajas a las palomas.

No me importaba, yo quería seguir gozando de ese sentimiento que me embriagaba el estómago, me estremecía el corazón y ponía mis piernas a temblar. Es probable que esa reacción física, la haya confundido con un sentimiento parecido al amor, aunque en realidad yo era alguien con predisposición a una adicción, y así me sentía cada vez que tenía oportunidad de hablar contigo. Me hice adicta a esas emociones que terminaron por hundir mi autoestima, mi seguridad y todo lo que hasta ese entonces había conocido como "Yo".

Carreteras de doble sentido.

El amor está tan increíblemente prejuiciado y con un enorme poder que tal parece que se confunde con esclavitud o intento de pertenecer.

Si busco una definición no la encuentro, porque al quererla definir se disuelve como el agua, cuando tratas de detenerla con las manos.

El amor es lo que crea, construye, edifica y abraza. No es esa historia de cuentos de hadas. o tal vez sí lo es y resulta que a ti te tocó ser el dragón o el cocodrilo, sin ser los protagonistas de la historia ejercen un amor que protege.

A veces eres esa bruja de los cuentos, que busca formas muy divertidas y un tanto absurdas, como crear una manzana envenenada, solo para destruir el sueño de alguien que no toleras. Pero en su vano intento, solo logra comerse su veneno y caer al precipicio de la envidia y el odio.

El amor, dicen que todo lo da, pienso que para que des, también debes aprender a recibir. Las carreteras y los caminos siempre deben ser de doble sentido.

Sigo sin poder definir el amor, solo veo ciertas características. Definición no tiene, así que me quedo con la interpretación que cada uno quiera darle.

Querido Satanás.

La vi hace dos semanas y me ha pedido un favor, me habló de sus problemas y de todas tus dudas. Así que me pido que te escribiera esto, porque en ella no salen tan fácil las palabras, acepte a regañadientes. No hay mejor manera de empezar esto que por el principio.

Alguien como ella, con todo y todo se dejó llevar en el pasado, por amores pasajeros que le prestaban sus colores, como si prestar algo semejante fuera un acto menor, o producto de mensajitos indiscretos que a nada terminaban. Así fue antes de conocerte al punto de volver de dónde viene. Por fortuna para todos descubrió los maravillosos placeres de estar contigo, pues ambos sabemos lo que una fuerza de la naturaleza como esa, podría provocar a los demás.

Hablaba seguido de sus baños, sobre ti bajando las escaleras como ponías la ropa en el baño. Reparo en cada uno de los detalles sobre cómo hacías bolas tu ropa en el mueble del baño o el trípode que eras aun en tu estado de normalidad. Esperabas a que se desnudara y corriera al grifo, después de haberle pedido varias veces ya ese día que se lavara el cabello, para meterla bajo el agua caliente y tallarle la cabeza con tus dedos gruesos y largos, ella se recargaba en tí, mientras continuaba acariciando su cuero cabelludo. Le caía el agua y te tocaba la piel, como uno de los más grandes placeres que había experimentado en su forma humana.

Ella no esperaba que le rindieran pleitesía, eso no es algo que busque. Pero la relación contigo fue accidentalmente eso. Quizás ignorando las ocasiones que decidían romper botellas y aventar tasas, pero el resto del tiempo tenías esa actitud de servicio, complaciente y tremebunda, como lenguaje del amor.

Todos sabemos que eres un ser complejo tú también, siempre al borde de todo, al límite de sus personalidades. Ahogado en esos pensamientos de ti que te hieren. Ella jura ya comprenderte del todo, incluso predecirlo por mucho que tu entre pucheros afirmes que eso no era así. En mi opinión nadie que viva tanto tiempo junto al otro, no conoce a su gente. Seguramente sus peleas no son por falta de conocimiento. El narcisismo de ella le permite considerarse a sí misma como algo altísimo y la pleitesía que le das es muy cercano a eso, se siente. Tu bordeline, habla en el sentido contrario a eso.

Ella me pidió que escribiera esto para ustedes, por supuesto me negué sin embargo aquí estoy, en uno de los poderosos intentos de ella por hacerte saber sin lugar a duda que eres el amor de su vida. Supongo que para esto no se necesitaría un mediador, pero aquí estoy para recordártelo.

Se que como todas las personas normales, sueñan con ir a comprar al supermercado o envejecer con su amado, si es que ella puede envejecer, no lo se.

No es muy tarde para recordarte que ella vino al mundo, con un objetivo claro, luego te conoció y esa claridad se volvió transparente. La verdad es que no me explico que es o a que vino, o que hace aquí. Pero ahora está aquí contigo y no hay más.

Como sea, escríbeme a la dirección del remitente. Espero verlos pronto, sé que están ocupados como una fuerza de la naturaleza debe estarlo, aunque la verdad no sé qué hagan. Me gustaría salir con ambos, un día que no trabaje, para hablar de mis límites, pedirles no hacerme escribir ni una carta más. Los quiero, pero no sé pasen.

Enfócate, porque ella te ama.

Att: Alguien que escribe bonito.

Capítulo 5

Matrimonio.

Cuántas veces.

—El matrimonio como perpetuación de la especie humana —decía el clérigo y yo dando tremendas mordidas a mi chicle, mi madre alargando el brazo para sentarme de un jalón y en venganza abanicando las piernas, dando una que otra patada a la banca de enfrente.

Cómo entender tanta palabrería, con ese retumbar y escuchar de los murmullos tantas alabanzas a la novia. Ese día en particular la protagoniza sin dudar alguna era la novia, no dejaba de recibir entre alabanzas y felicitaciones, mi mente de niña aprendió que ese sueño del matrimonio surgió así, de los egos de nuestra propia vanidad, que, aunque pequeña en esa cabecita loca invitaba a la imaginación luciendo tan maravillosa vestimenta y de celestial pureza, la gran protagonista luciendo y enmarcando los pecados aún no cometidos y ensayando mi mejor rostro, el de la dulzura.

Así con el paso del tiempo instalas en tu cerebro que, si no es así, vestida de novia no se garantiza felicidad alguna, ansiando con toda el alma ser y que sea así el matrimonio, así nace, crece y se reproduce tan avivada inquietud.

Con los años transcurridos una diversidad de historia surgen en torno a esa dichosa palabra; “El matrimonio “que si los Pérez, que sí los López y qué decir de los Hernández, se vuelven del dominio público trayendo entre ellos competencia y disputas, que ya fueron, que ya vinieron, que quien viaja más, quien tiene el mejor auto que sí el colegio de más prestigio, etcétera, etcétera. Todos de una inconsciencia ignorada y dando material al chismoso. Cuando la verdadera valía de matrimonio no es la palabra misma sino la perpetuación del amor.

Las luchas de Eunice.

—Desde niñas jugamos a la casita, nuestros juguetes en su mayoría son muñecas, bebés, trastecitos. Se nos crio con cuentos de hadas, donde solo se alcanza a ver el inicio del matrimonio, la celebración de la unión de la dualidad, seguido de un y vivieron felices por siempre. Qué forma tan cruel de mentirle a la psique de una futura mujer. Afortunadamente vivimos en tiempos diferentes donde todo lo ponemos en duda, hoy decidimos nosotras sobre nuestros cuerpos, podemos elegir cuándo abrírnos al placer, aunque la ciencia nos debe más atención, ¿Como es posible que, en los albores de la inteligencia artificial, siguen faltando métodos anticonceptivos, que dejen de endosar la responsabilidad de tomarlos a las mujeres? Son tiempos en donde ya no tienes que aguantar al marido por sostener un contrato, ya no es tu completa obligación sostener un hogar sola mientras el señor ve el partido de fútbol, es tiempo de cuidarnos y priorizarlos a nosotras mismas — continúe — Debemos enseñar a nuestras hijas a que el príncipe azul, es un adulto funcional que cocina, lava ropa y trastes, cuida a los hijos en cualquier momento, es capaz de cuidarlos un fin de semana mientras ella se va con sus amigas, sin estar monitoreando las veinticuatro horas— Así voy a abrir la presentación de mi libro “Manual para conquistar a una Diosa deconstruida”.

—No me mal entiendan, ni tergiversen mi discurso. Yo celebro que sean tiempos diferentes a los de mis abuelas y tengo un profundo interés por abolir cualquier eco de aquel pasado impuesto para las mujeres: matrimonios arreglados antes de los 18 años, se les negó el derecho a decidir sobre sus cuerpos, sobre sus sueños y también el derecho a poner en duda la decisión de haberse casado — dije —Si hoy hablo de todos estos temas, es para sembrar semillas de consciencia que nos lleven al cambio, tampoco quiero que nos peleemos con los hombres, más bien hay que jalarlos a ellos también a esta revolución de vida, tenemos tantas estructuras arcaicas por derribar que no lo vamos a hacer solas, necesitamos a los hombres despiertos y conscientes, dispuestos a cooperar porque la unión hace la fuerza — susurré — después de tantos años de lucha y deconstrucción, hoy puedo presumir que tengo un matrimonio de ensueño, uno que se fue edificando y transformando con el tiempo, no llegó solo, la gente no entiende que el matrimonio es una construcción, que para permanecer juntos de manera sana debemos de ser capaces de tener pláticas incómodas cada tanto. Si quieres tener un matrimonio exitoso no vale aferrarse al “*es que yo así soy*” no. Huye de ese hombre que se aferra a sus miedos y le teme a verte brillar, quédate con el que esté dispuesta a hablar y hablar hasta tumbar miedos, estructuras y experiencias que nos pusieron corazas en el cuerpo para protegernos. Somos como crustáceos, llevamos una dura armadura para estar listos en cualquier guerra que se suscite con el otro y nunca la guerra ha dejado nada bueno ni en los países que se proclamaron victoriosos. Sí bien hay resiliencia tras cada batalla librada, también hay vulnerabilidades rotas y dañadas porque no sabemos convivir entre humanos. Nos da miedo comunicar al otro nuestros límites y necesidades, no sabemos negociar. Por eso mi lema es ¡Más amor y menos ego! — dijo terminantemente, después de varios días de practicar mi discurso de presentación.

Son las 9:50 de la mañana, entre el estrés y los nervios no me doy cuenta en qué momento empecé a mordirme las uñas, me rasco el cuello, ese calor incómodo que me recorre el cuerpo, sudo y después se me pone la cara brillante, para colmo el tráfico en esta ciudad no me permite concentrarme en mi discurso, ni me permite llegar a tiempo. Reviso el celular, aviso que voy quince minutos tarde, vuelvo a revisar esperando encontrar un mensaje de él un emoji, un meme, cualquier cosa, está en línea, abro el chat, parpadea en verde la línea para que escriba un mensaje, me aguanto las ganas de decirle que no estoy soportando su actitud, — Calma Carmen no es momento de iniciar una guerra, regresó el celular a la bolsa.

Suspiro, me siento sofocada — Si tan solo él no se sintiera desplazado por mi éxito profesional.

Me espera un año intenso con muchos viajes y cuatro invitaciones fuera del país, pensé que le daría gusto verme crecer, me conoció en la madriguera de mis sueños, cuando estaba aplicando para el doctorado en sociología, no puedo entender cómo en ese momento él me brindó todo su apoyo, me alentó para que aplicara al programa de otra universidad. Me pagó mis recibos de servicios en lo que se renovaba mi beca, me regaló los boletos de avión para mi estancia doctoral en Chile, hizo tantas cosas por mí. Y hoy que necesitaba su apoyo, él se porta cortante, se levanta tarde para evitar desayunar juntos, con tanto estrés y lo que su actitud provoca en mí, se instala una presión en el pecho que no me deja descansar bien, ni disfrutar de este momento.

Intenté llenar el hueco del estómago con un yogurt para beber y una manzana para soportar el largo día que me esperaba. Otra vez el impulso por mordirme las uñas, por suerte es acrílico y no las puedo destruir.

Siento mucha impotencia, rabia y tristeza. —Carmen, para ya por favor, aquí no, no en este momento, respira profundo, podemos con esto y más, no necesitamos un ataque de ansiedad en uno de los días más importantes de nuestra vida, vamos a respirar y a pensar en lo positivo, en lo bonito de la vida — me dije a mi misma.

Mi matrimonio se fue construyendo, reconozco y agradezco la disposición de Leonel para mirar y soltar las creencias, recuerdos que me lastimaban. Empezaré por decir que él nunca me miró con repudio por no haber llegado virgen a su cama, se abrió a explorar el placer de diversas formas. Agradezco su valentía y apertura para que cada aniversario, hagamos una ceremonia íntima para renovar nuestras promesas, desechar las que ya no podemos sostener y sustituirlas por nuevas. Nos decimos a pesar del miedo, lo que el otro ha hecho, dicho u omitido que nos ha lastimado, acariciamos nuestras heridas con amor, pedimos perdón con humildad y nos damos permiso de empezar de nuevo. Nadie nos creería la cantidad de veces que hemos empezado de nuevo, no de cero, empezamos ya sobre la base de lo que sí nos sirve y nos hace sentir que en efecto somos compañeros. Es gracias a Leonel que yo entendí que el hombre perfecto no existe, creo que cualquier hombre que lo desee puede ser un bloque de mármol dispuesto a esculpirse a sí mismo en algo maravilloso. Lo entiendo perfectamente, sé cómo se debe estar sintiendo, abandonado y desplazado porque en este

momento de mi vida donde por fin mi esfuerzo está rindiendo frutos, mi éxito profesional nos está rebasando como pareja, siento un nudo en la garganta y ganas de vomitar, de cancelarlo todo y correr hacia él para arreglar de una vez este mal entendido, seguro que hay algo por hacer, mi respiración se acelera...

—Carmen para ya, por favor que nos vas a sabotear el día, ya estamos por bajarnos del carro, este no es el momento, o te detienes de una maldita vez o ¡Te pongo a dormir con una dosis de Xanax!

Para siempre.

Me dijiste que me querías y que el amor perdurará para siempre. Pasamos muchos años creando y creyendo esa historia.

Tú te acordabas de nuestros aniversarios, yo lo olvidaba. Me pregunto ¿Por qué nunca se me ocurrió recordar la fecha en que nos conocimos? Solo recuerdo que te vi a lo lejos, llamaste mi atención, tenías un aspecto muy intelectual y mi mente joven dijo:

– ¡Wow, qué interesante tipo!

Siempre me pregunto ¿Por qué se me olvidan las fechas? ¿Para qué sirve un aniversario? ¿Es importante recordarlo?

Cuando te acercaste a mí por primera vez temblabas y en mi torpeza, tampoco sabía qué hacer. Solo tenía 20 años y no entendía cómo se supone que se debía sentir; Nerviosa, si estaba. Solo recuerdo que hablabas y sonreías –¿Qué dijiste? – también lo olvidé. Los años pasaron, nos casamos 3 veces y creo que me enamoré. Los niños empezaron a nacer, hasta que completamos 3 niños hermosos y preguntones.

Tengo tantas preguntas que hacerte, pero ya no estás, así que quedarán sin respuesta. El “para siempre” no existió, te fuiste. La gente cree que te fuiste un día caluroso, pero no fue así. Aun vivo y presente, te fuiste años antes de tu partida final.

–¿Sabes que odié que te fueras? ¿Sabes que odié que decidieras hacerlo? ¿Sabes que si te creí cuando dijiste que sería para siempre? Al final, ni tú creíste tu mentira.

De mis rebeliones.

De entre los obligados constructos que me formule sobre el matrimonio, ese vestido blanco con perlas cosidas y tela de encaje. Nada de eso, en cambio te tengo a ti y a tu cuerpo que irradia calor todas las mañanas. De mis rebeliones jamás el matrimonio.

Pero tú y nuestros gatos, en nuestra casa. Eres eso justamente eso; matrimonio, sin firmar. Pienso en tus ondas, en tus rayas y nuestro matrimonio, me parece que mis rebeliones son otras. Porque ni dios, ni amo, ni partido, pero sí con marido.

Capítulo 6

Belleza.

Imperfecciones bellas.

Estoy enamorada de la imperfección, porque en ella encuentro mi lado femenino.

Estoy cautivado de la imperfección, por poseer tal belleza.

Estoy subyugada imperfección, porque en ella me encuentro y me reconozco.

Estoy embelesada de la imperfección, porque ello me obliga a buscar mi propia pureza.

Estoy dedicada a la imperfección, para descubrir mis propias carencias.

Estoy consciente de mis estrías en la piel o en el alma que para muchos es imperfección, para mí son historias que contar.

Primera parte.

Todos los jueves vengo a tomar café, a contemplar el día desde un rincón de la cafetería. Me gusta sentarme a observar a la gente y descubrir lo que considero que son sus historias. Mis visitas constantes me han regalado una amiga: Marlene, una mesera de veintipocos años, dulce, tímida, curiosa y atenta a los detalles, he notado que mi compañía y las pláticas que entablamos le agradan, es por eso que le he mostrado mi secreto: la agenda de cuero café con la que siempre cargo, me gusta escribir las historias que invento de los comensales. Marlene es una voraz lectora y hasta se ha convertido en mi cómplice, para traerme fragmentos de las conversaciones y juntos darle dirección a mi historia.

A esta hora de la mañana ponen el programa *Mi Sountrack de Radio Latino*, me fascina escucharlo, la conexión que la gente establece entre sus recuerdos y las canciones me resulta más que interesante. Siempre va a haber una canción que tenga impregnada una memoria. A veces me dan ganas de hablar para contar mis historias, pero siempre termino entreteniéndome en la sincronía de un comensal, que luce como si la canción lo llevara a algún rincón de su pasado donde experimentó el amor, el desamor, la alegría, una aventura, o cualquier cosa que no pasó desapercibida en su vida.

"Your love is like a shadow on me all of the time (all of the time)

I don't know what to do and I'm always in the dark

We're living in a powder keg and giving off sparks

I really need you tonight"

Me encantó, que mientras suena esa canción entra una mujer con un abrigo rojo, medias negras, vestido negro, botines negros, y boina roja a juego. Ella ya luce como un eclipse: la fuerza, la energía del rojo latente y dominante en su atuendo, cubriendo la sombra de sus recuerdos, se nota que está a punto de hacer estallar todo lo que lleva por dentro. Está a punto de quemar algo en este lugar.

—Marlene, mi querida amiga, hoy vamos a fijar la atención en la hermosa mujer del abrigo rojo — le dije.

— ¡Ay Don Guillermo! usted es un romántico, siempre encuentra a todas bonitas

—Marlene, la belleza es un concepto muy subjetivo mi niña, y es gracias a eso es cómo podemos encontrarla en todas partes, hasta en el más mínimo detalle. Con los años he aprendido que todas las mujeres son bellas, algunas saben lo que tienen y lo envuelven en ropas finas o lindas, maquillaje y joyas para enaltecer sus atributos. Mientras que otras llevan una vida más apresurada, tienen quizá más carga emocional por procesar o están inmersas en sus asuntos pendientes y por eso no atienden su aspecto con la misma pasión o frecuencia de las primeras— explique — pero por supuesto que también poseen algo que las hace únicas e inigualables, también poseen una sonrisa encantadora, o algún rasgo físico que logre atrapar al que ve más allá del paradigma social de belleza — Marlene, me

miró con los ojos bien abiertos — Si te soy honesto, hay una cosa que si me da lástima mi niña, y espero que tu no lo hagas, y son las mujeres que inflan sus cuerpos con silicón o sabe dios qué cosa les ponen no solo en sus bustos o glúteos, sino también en su cara, me parece tristísimo que no sean capaces de aceptarse con sus defectos físicos, que se compren la idea de que la mujer es como una piedra de mármol, que debe ser esculpida de acuerdo a un molde para tener el reconocimiento de la mirada ajena que le diga que es “hermosa y valiosa como mujer”. No te dejes atrapar por un ideal de belleza, recuerda que no necesitas el reconocimiento de todos los hombres, ni la envidia de las mujeres. Mejor enfócate en lo que te hace única y especial, enáltécelo porque es lo que te hace inigualable, siéntete cómoda en tu piel, maravíllate por tener un cuerpo sano, que te permite vivir todos los matices que te ofrece la vida en sus múltiples experiencias.

La mujer del abrigo rojo buscó una mesa en la terraza, a pesar del frío que se sentía, quizá le guste fumar y por eso eligió ese lugar. ¿A quién espera? Mira su celular, lo pone sobre la mesa y mete las manos a los bolsillos.

Entra un joven alto de tez blanca, gabardina gris Oxford con el celular en la mano, escanea rápido el lugar y se acerca hacia la terraza. ¡Bingo!

Los observo bien, hay un halo de familiaridad en sus miradas, hay cariño y un atisbo de deseo

— ¿Le parece que han sido amantes?

—Por la familiaridad con la que se miran es probable, pero si observas bien, también se percibe tensión entre ambos, es casi como si tuvieran mucho tiempo sin verse y de pronto la vida les ha concedido el honor de reunirse de nuevo, en una suerte de coincidencia extraña.

“Once upon a time I was falling in love

But now I'm only falling apart

Nothing I can do a total eclipse of the heart”

Lo mira, sonrío, se escapa un halo de cariño por la comisura de sus labios, lo vuelve a mirar a los ojos, ahora un poco de nostalgia, se escapa de su mirada, pero en sus facciones se ve decidida, ella vino a quemarlo todo, no sin antes darle un poco de paz a su alma al estar sentada frente a un viejo amante. Y es que ¿a dónde se van los recuerdos? Ahora que ellos dos no están juntos, ¿Adónde se irá todo lo que alguna vez tejieron? ¿Cuál es la forma correcta de honrar un pedazo de nuestra historia de vida, que compartimos tan apasionadamente con alguien? Ellos, los que se quisieron siempre de manera febril y enfermiza, están sentados frente a frente, intercambian miradas de complicidad y ternura. Él enciende un cigarro para disimular su ansiedad. Este momento se salió de la imaginación de ambos, sopla el viento y lleva su cabello sobre su cara, ella cierra los ojos, en un instante siente la potencia de lo vivido a su lado, abre los ojos, no quiere entrar en esa piel vieja, son heridas ahora cicatrizadas, ella no sería la mujer radiante que hoy es sin todo ese sufrimiento.

El amor que hubo entre ellos, aunque ligero fue tormentoso, querían dárselo todo, pero tampoco querían perderse a sí mismos, perderse de las delicias de la juventud en ese intento por amarse. Por supuesto que se quisieron y ambos hubieran deseado un final diferente para aquello, solo que no era el mismo, él la quería siempre en la sombra, poder acudir a ella cuando se sintiera cansado de errar entre tantas piernas, porque sabía que ella lo recibiría con cariño, le llenaría la piel con caricias tiernas y salvajes para intentar convencerlo de que su lugar es con ella. Él solamente iba a tomar lo que necesitaba de ella y darles a falsas esperanzas, remedos de cariño para que permaneciera, la debilitaba y se volvía a ir. Aunque ella lo amaba, intentó seguir su juego de ir y venir; ella regresaba antes, o a veces no se iba, prefería esperar, en ese juego se perdió, perdió todas sus ilusiones y lo que era en una apuesta.

En ese estar, pero no estar ambos se lastimaron mucho, se amaron, se odiaron, se repudiaron, se victimizaron, se idealizaron. Ella tocó fondo, estaba cegada por lo que se contó de él, se encontraba cansada, rota, desdichada, condenada al mal de amores, sabía que ya no podía seguir alimentándose de la zozobra de su cariño. El eclipse de luna de sangre hizo estallar todo, destruirlo para reconstruirse sobre las ruinas. Pero, como al final de una guerra, muchos escombros y cosas por recalibrar no dieron la pauta para establecer la diplomacia, hasta que el tiempo apremió.

Receta Rápida.

Receta para fabricar una figura humana viviente.

Antes de iniciar necesitas convencer a la persona en cuestión que no es lo suficientemente bella de manera natural.

Pasos por seguir:

1. Con un lápiz o pluma indeleble, marca en su rostro todo lo que puedes cambiar.
2. Dile que su nariz es muy ancha o que sus fosas nasales no son estéticas y además que, su tabique la hace ver un poco agresiva.
3. Sigue con sus cejas y si las tiene muy anchas dile que eso ya no está de moda y será necesaria una depilación para hacerlas delgadas. Si sus cejas son delgadas dile, que se verían mejor gruesas y además van más acordes con su rostro.
4. Habla ahora de su boca y coméntale que, si quiere verse más sensual, un poco de relleno le caería muy bien. Si su boca es muy grande, tal vez hacerla más pequeña y estética estaría mejor para su rostro.
5. Las orejas, coméntale que se le ven muy grandes o chicas, según sea el caso y sugiere un cambio a orejas medianas.
6. Siempre será indispensable el “bishop” para lograr una cara afilada; si ya tiene cierta edad, un buen levantamiento de piel es imprescindible.
7. Nunca olvides el cuello, una buena estiradita nunca sobra o si es regordete pues procurar quitar la mayor grasa posible.
8. Ahora vamos a las bubis, unos grandes y redondos senos es lo más recomendable, pero si son muy grandes convéncela de que es lo más sexy, aun cuando la chica se queje de dolor de espalda.
9. La panza, ahí te recomiendo mostrar fotos de María Félix, Thalía, Salma Hayek o cualquier mujer con micro cintura y así hazle ver que esas llantitas están de más.
10. Vamos a los brazos, dile que no se deben permitir esas alas de murciélago, que los brazos debe tenerlos casi con la piel pegada al hueso.
11. Ahora observa las pompas ¡Cómo vamos a permitir que tenga pompas de burro de planchar! ¡Eso jamás! Así que sugerimos unos implantes redondos. Si son muy grandes una remodelada, estaría muy bien.
12. Sigamos con las piernas ¡Oh dios! ¡Que chaparreras! Esas deben eliminarse sin excusas, pero si las piernas son demasiado flacas pues a rellenarlas.
13. Cuando la persona ya esté convencida de que con todos esos cambios será inigualablemente hermosa, pues ¡manos a la obra! A cortar, quitar, rellenar y enviar a la nueva persona a que pase sus semanas de recuperación.

¡Felicidades! ¡Lo mejor ya lo lograste! Tu nuevo cliente regresará, porque lo has convencido de no estar conforme con su aspecto natural y siempre encontrará un nuevo defecto en su perfecta imperfección.

Mal parados.

De cejas bien pintadas con henna o con tinta. Pestañas largas, largas. Unos senos inconcebibles, perfectos, redondos, rosados y grandes. Los labios por supuesto, gruesos y carnosos, e inyectados. El pelo rubio y la nariz respingada, aún más parada que tus senos. De eso, cualquier otro rastro de normalidad, es casi una patada a donde más te duele. ¿Cómo me atrevo a tener el pezón unos centímetros más abajo?

Arriba de él siempre ha sido lo mismo, al final, me alaba a mí y a mi busto.

— ¡Qué grande es!

— ¡Más natural, mejor sin implantes!

Lo alabaron varias veces, lo portaban en sus móviles en la carpeta más oculta de sus teléfonos. Me veo a mí, veo otros senos, bien parados o mal parados. Veo toda esa ola de mujeres tan parecidas y alejadas filogenéticamente, tal y como si hubieran sido creadas por el mismo ser, el mismo monstruo que solicita lo mismo, las mismas peticiones insulsas, ¡ridículas! Que parecen casi tan imposibles de lograr.

Lo recuerdo, con su lengua en mi pezón atravesado por un fierro. Tan concentrado, sin importarle que mi pezón es un devoto de las leyes de Newton, quizá hasta lo descubrieron primero sin la necesidad de descalabrarse con una manzana. Pero a él, parecía poco importarle, seguía succionando como si tuviera sed.

—Me disculpo de antemano por animarme a tener la teta un poco más abajo de lo solicitado.

Él solo se rio, me beso expresando que seguramente nadie tendría ninguna queja. Continue, qué tal que amamantó, o no lo hago, le quito el piercing, o tal vez simplemente la gravedad. Me beso, me lo hizo inmediatamente.

En la mañana solo me limite a pensar sobre ese interminable dilema de las mal paradas o bien paradas. Me sentí como una tonta por dedicarle tanto tiempo y al final concluí:

—¿A mí qué me importa?

Capítulo 7

Fealdad.

¡Yo, No!

Yo no voy, a los sitios donde la tierra es infértil, las flores no florecen y los árboles no crecen.

Yo no voy, donde la necedad es mezquina, los halagos hipócritas y las miradas destrozan.

Yo no voy, donde la inmundicia domina, las voces chocan, los ruidos aturden y la lujuria arruina.

Yo no voy, en dirección de un corazón de hierro, de un monstruo divino y de apariencia amable.

Yo no voy, donde la deslealtad tiende sus redes. Desvirtúa al inocente y engaña a los cautivos.

Yo no voy, donde el sonido de las palabras sesean como la lengua de un áspid.

Yo no voy a rendirme en dirección de la punta de una espada a entregarme en torpe actitud.

Yo no voy, donde mi ser se sienta avergonzada y mi llanto lamente, mi boca enmudezca y mi autoestima reviente.

Yo no voy a caer en los actos impuros y ajenos en provocaciones insanas y mediocres.

Yo no, yo no, yo no atentaría jamás contra mí y por lo tanto jamás contra ti.

El disfraz.

Aquel disfraz que a lo largo de los años se fue construyendo Martina, para protegerse sin percatarse de lo fea que la hace verse en el espejo del mundo.

Tantas veces abusaron de su noble corazón e inocencia, que aquellos ojos aceitunados y redondos, se convirtieron en los saltones ojos de un sapo, aunque estéticos no son, ahora le permiten ver las verdaderas intenciones de los demás. El aspecto grande y aguileño de su afilada nariz, le ayuda a escudriñar cuando alguien huele a traición. Los enormes y jugosos pechos se marchitaron por haber intentado nutrir amores cautivos, prohibidos, vacíos y vagos. Su abultado estómago es refugio de aquellas tristezas, ráfagas de ira y decepción que no logró expresar ni a tiempo ni a destiempo. De su melodiosa y cautivadora voz, hoy solo queda un silbido gangoso que es capaz de traspasar la viscosa arenilla de palabras, maldiciones y frustraciones que se fueron atorando en su garganta por no sentirse capaz de expresar todo lo que la atormentaba.

El aspecto de Martina horrorizaba a todos a su alrededor, la orillaron a alejarse de la aldea para no atormentar a los ancianos y niños. Sin embargo, los más jóvenes y osados iban hasta su casa a descargar su malicia tirándole piedras y objetos, los cuales, si lograban entrar, se transformaban en cicatrices, arrugas o deformaciones por su cuerpo.

Hasta que un día la piedra que llevaba aquella honda era tan pesada que perforó el techo de la casa de Martina. Atemorizada porque iba a entrar la luz del sol y en un intento torpe por tapar los hoyos, resbaló y quedó inconsciente. Se sumió en un sueño profundo y entró en un estado de paz absoluta, donde fue llamada por ángeles, la llevaron hasta una sala de teatro a presenciar cómo había fracasado en su papel estelar. Pues en lugar de hacer frente a las adversidades y a los juicios malintencionados de los demás, ella decidió absorberlos y eso debilitó su espíritu. En lugar de desarrollar sus dones y talentos, dejó que la frustración y fealdad de las otras almas humanas, la transformara en una horrible criatura cubierta de corazas para alejar a los demás y no ser perturbada nunca más.

—Qué desperdicio de vida, es momento de explotar esta armadura para reconstruir mi vida.

Percepciones.

Los conceptos de belleza y fealdad, aunque contrarios siempre van de la mano. Cuando observamos un cuerpo humano nos encontramos en un dilema estético, porque la percepción de belleza siempre será relativa.

En algunas tribus de África, las mujeres hermosas usan la mayor cantidad de aros posibles en el cuello, porque un cuello extremadamente largo es sinónimo de belleza. En la Alemania Nazi, la raza Aria era considerada la más bella y pura por lo que otras razas eran poco atractivas a sus ojos.

Recordemos a Dorian Gray que, en su afán de conservar juventud y belleza física, vendió su alma al diablo para no envejecer, sin importarle cometer los actos más atroces para postergar esa supuesta belleza física, aun a costa de la vileza de su alma y que por fortuna se iba reflejando en su cuadro, que hasta a él mismo le causaba repudio verlo.

La fealdad física o la de carácter, siempre será difícil de definir porque cada persona tiene un concepto personal de belleza, así como una escala de valores de lo que considera bueno o malo hablando de trato o carácter. Todos podemos ser la persona más fea para unos o la persona más bella para otros.

Hay una tendencia a pensar que la juventud va de la mano de la belleza y es en ese afán cuando al llegar los primeros signos de vejez, muchos tienden a buscar todo tipo de artilugios, para conservar esa supuesta belleza que tenían.

No sé si existe belleza, en todo aquello; pues en la naturaleza se va marchitando. Sólo creo que la vida es movimiento y cambio, la fealdad, es ese miedo a lo nuevo. La fealdad es ése opuesto necesario de la belleza porque dentro de esa fealdad siempre estará incluida esa belleza que no todos logran ver.

Sólo mírate al espejo, podrás ver la fealdad y belleza que juegan entre ellas en éste incansable movimiento que es la vida.

Las mujeres insatisfechas de la calle Maple.

Dentro de la fealdad hay un campo de acción limitada. Podría ser el olor, de una muela podrida o tal vez la arena de los gatos remojada. Pero esta historia no va por ahí. Esta historia habla de Harold, con una extraña condición que lo hacía ser sinceramente feo, horroroso. De esa condición nadie sabía el nombre aún.

A muy temprana edad Harold se había unido al circo, después de que sus procreadores, le habían abandonado. Era un buen lector, también era muy bueno en las artes circenses, en más maromas, piruetas y malabares al grado que se había ganado el respeto dentro de la carpa y no lo utilizaban nada más por la apariencia de su rostro, si no por sus grandes habilidades. Podría jurar que también podía hacer reír a las personas. Claro, que eso no lo sabía, pues las personas no duraban mucho cerca de él.

El mes pasado había cumplido los 21 años y solo la mujer con barba y el payaso enano, lo habían recordado. Pero esta historia tampoco es sobre un circo, no se confundan. Esta historia, habla también de Martha, la esposa de un empresario con mucho dinero, distante y acomplejado. Por lo que ella siempre estaba sola. Se decía que a veces mentía hombres a su habitación y ellos salían tiempo después acomodándose las corbatas. Por supuesto de un secreto a voces esto se trataba.

Martha había logrado que su esposo la acompañará al circo que visitaba la ciudad, él jamás paró de mirar su reloj de bolsillo en todo el rato. Martha estuvo intentando ignorarlo, por mucho que le molestara la grosera actitud de su marido. Se concentró en el espectáculo y pronto quedó encantada, el payaso enano le había hecho reír, en el trapecio y cuerda floja una mujer muy ágil, pero sin duda el malabarista montado en un monociclo con ese traje ajustado con leotardos y lentejuelas era mucho mejor, había quedado encantada.

Le había atraído pensaba en el cuerpo debajo de ese trajecito y había grandes problemas pues era su rostro, su labio grande, sus ojos diminutos, sus mejillas y el bulto en su frente. Pero Martha de algo estaba segura, que él estaba tan solo como ella. Pensó todo el rato mientras pasaban los demás actos, que hacer al respecto de su nuevo deseo. Tomó una decisión, por mucho que esta lo hiciera sentir culpable.

Mientras su esposo miraba su reloj, habló con su asistente que durante toda la función permaneció afuera de la carpa. Martha por otro lado se escabulló en la carpa roja con blanco, encontró a Harold quitándose la ropa. Cuando apareció, sonrió, pero tuvo un sobresalto por la intromisión. Ella no le dijo nada solo le tendió una tarjeta y dijo suavemente antes de irse.

—Ven cuando quieras.

Harold leyó la tarjeta y se cuestionó toda la noche. La tarjeta contenía su número especificando en qué horario podía llamarle, también su dirección. Por varias horas no entendió que había pasado, si no fuera tan inexperto habría comprendido el flirteo de Martha.

Aun así fue al otro día a casa de Martha después de llamar para preguntar, cuando se encontraba sola. Se dice que los gritos de la señora, que sus berreos se escucharon hasta la otra cuadra.

Después de su partida la señora se cuestionó muchas cosas, pasó por fases de culpabilidad. Primero se sintió sucia por haberlo disfrutado tanto, luego se sintió como el peor ser del mundo al pensar así de una persona tan cálida como Harold. Pasó también por vergüenza, pensando en qué dirían sus vecinos o sus familiares si descubren que un hombre como ese se escurría en su cama. Se sintió apenada, insegura, confusa y muchas emociones más de culpabilidad. Y aun así la señora lo invitó muchas otras veces, mientras más pasaba el tiempo más cosas se cuestionaban. Aunque se aseguraba a sí misma que los sentimientos que Harold le provocaba jamás cambiaron. Aunque siempre se cuestionó lo mismo, qué pensarían sus vecinos y familiares de que se estuviera acostando con un deforme como ese, que dirían sobre su torcido romance con un monstruo.

Todos sus terrores más profundos se hicieron realidad unos días más tarde, con la cuarta visita de Harold en su recámara. Al día siguiente tuvo una interesante conversación con su vecina de junto, la cual Martha podría jurar que no había sido una conversación sino más bien, un monólogo de ella, con ligeras interrupciones.

—Yo también quiero pasar el rato con él — dijo con todas sus letras. Martha se preguntó todos los días las razones por las que ella fornicaba con una criatura como esa, primero culpó a su soledad, después a su lujuria. Pero definitivamente no podía comprender porque su vecina lo haría. ¿Sería alguna clase de fetiche?

—¿Por qué? — dijo ella rápidamente interrumpiendo finalmente su monólogo.

—No hace falta que explique, hace cuanto tiempo mi marido no me toca. Es más, creo que se está acostando con su secretaria — explicó. Esa no era la pregunta que esperaba, pero parecía algo como lo que Martha sentía respecto a su soledad. ¿Era que todas aquellas mujeres insatisfechas buscarían un amante semejante?

Su vecina entonces lo hizo también con Harold, él cual estuvo simplemente complacido al saber que no era una cuestión de Martha nada más. Pues le aterraba tener que lidiar con los sentimientos de Martha, que para empezar ni entendía, no los entendía por el simple hecho de no entender porque una mujer tan hermosa como lo era Martha se fijara en él.

La vecina le contó a otra mujer de su misma calle lo que estaba ocurriendo, agregando la célebre frase —Es como hacerlo con un hombre con una máscara—. La mujer que también había comentado lo insatisfecha que estaba aclarando que su esposo eyaculaba hasta con el roce de la brisa de la mañana, finalizando la

oración diciendo que le daría miedo estar con un monstruo como este, pero que también brillaba su curiosidad, entonces quiso hacerlo también con Harold.

La vecina le comentó a Martha, ella se escandalizó comentando:

—No es nuestro prostituto — respondió — si le sigues contando a todas, pronto tendremos a todas las insatisfechas de la calle maple, formadas en la puerta.

La vecina prometió que no le diría a nadie más.

Pasaron los meses y pronto las tres contemplaban en su calendario estar con Harold, quien se había vuelto incluso frívolo ante la situación. Con el tiempo Martha pensó que lo amaba genuinamente, por muy culpable que se sintiera, compartir su secreto lo hacía sentir como algo menos extraño. Pero amarle era algo totalmente diferente y la hacía sentir mucho peor. Su esposo tardó algún tiempo en darse cuenta, pero por desgracia al final lo hizo, la confrontó sobre su aventura. Le dijo que él sabía sobre todos esos hombres que metía a su casa y lo poco que le importaba, pero señaló que eso era diferente, constante y hasta romántico. Por un momento Martha temió que su esposo le dijera algo del aspecto de Harold, pero no lo hizo en lugar de eso le pidió que dejara a su amante o si no se divorciaría inmediatamente. Martha pensó en las demás señoras, pensó en que si sus esposos también ya se habían dado cuenta y les habían amenazado con dejarlas si continuaban.

Los esposos siempre pensaron que tenían la delantera, pues ni tiempo les habían dado a las esposas de analizar lo que estaba pasando, tras confrontarlas por separado. El rumor había comenzado cuando el esposo de una de las vecinas había escuchado que un hombre deforme rondaba la colonia, la persona que lo comento tenía miedo y ganas de llamar a la policía. El esposo entonces le vio unos días después, saliendo de la casa de su vecina y después de observarlos con detenimiento descubrió lo que estaba pasando. Se juntaron entonces, uno de ellos comentó que su jefe tenía una vitrina con escopetas, porque le gustaba cazar con regularidad, que podía conseguir una y enfrentar al hombre deforme que pasaba el rato con sus esposas.

Por desgracia para ellos, las esposas al haber ya pasado tanto tiempo con Harold ya habían analizado todos los escenarios posibles donde fueran descubiertas. Pensaban todas las críticas que les caerían al enterarse de lo que estaban haciendo, pero al final habían analizado que Harold era lo suficientemente valioso para defenderlo de todos modos. Martha había comprado dos semanas antes veneno con el boticario, en la ciudad vecina para no ser descubiertas, se lo habían dividido el tres, también formulado un código ante las emergencias. Notaron lo que estaba pasando y tomaron una decisión.

Desde la amenaza de divorcio pasaron dos semanas, los esposos consiguieron las armas para acabar con Harold y las esposas pusieron solo un poco de veneno en sus comidas durante todo este tiempo, en el desayuno, la comida y la cena.

Al final los tres cayeron muertos en diferentes días, las esposas les lloraron, pero ellas solo huyeron al regazo de Harold, quien las esperaba confundido en un vehículo que había robado, junto con las tres mujeres y sus maletas.

Claro que, esto es una historia que cuentan en la ciudad, la que al pasar por tantas voces se había vuelto una leyenda, que tenía muchos finales. Algunas personas decían que ellas habían matado a sus esposos, era la favorita. Había otra donde decía que los esposos habían abandonado a sus esposas por la vergüenza que les generaría que la gente supiera que sus mujeres estaban teniendo una aventura con un hombre como ése, otras historias decían que los esposos habían matado a Harold y luego vendido sus restos a un gabinete de curiosidades. Incluso algunos osaban decir que Josef Mengele, había querido experimentar tanto con la deformidad de Harold, como con los cerebros de las esposas que lo consideraban un hombre con quien quisieran tener relaciones. Pero de esta historia había muchos finales y al final no se sabía que había pasado, lo único concreto es que las tres esposas y los tres esposos habían desaparecido junto con un hombre deforme que visitaba la ciudad.

Capítulo 8

Los que no son tomados en cuenta.

Tecuich Ixcaxochitzin.

Son esas voces silenciosas las que repiten una y otra vez, corre Tecuich, corre Ixcaxochitzin, que no te atrapen, que no te lleven. Me martillea mi cerebro, me enloquece la razón, el sonido de las aves que se escuchan y me hacen recordar, esta tierra es mía, mía y de nadie más. Son mis pies descalzos que curtidos por la madre tierra los que reclaman mi pesar, yo recuerdo mis raíces entre el maíz y el cacao, he creado los tesoros de mi patria que consuela con la lucha de su gente. Fieros guerreros forjados Águila y Jaguar, donde los arrancan del pecho de su madre convirtiéndolas a estas piedras duras, piedras muertas.

Soy salpicada por las aguas que lavan mi pensamiento, me distrae el quetzal, me enamora con su canto, me acaricia con su ser, placentero es el deseo y apretando bien mi pelvis me recreo en tus jardines. La fortuna de mi cuna, mis privilegios a cuestas de dar descendencia, fruto fresco y mis raíces perdurar.

Las temidas brujas.

Cuenta la gente que cuando el viento sopla por estos lugares, se escucha la risa burlona de las brujas. De todas esas mujeres que fueron torturadas y quemadas porque su sabiduría incomodaba al clero, aquella religión inventada para tener control sobre el comportamiento de las almas, infundiéndoles miedo. No les bastaba con domar a las mujeres, había que aterrorizar a sus hijas calcinando a las madres y abuelas.

Pero el murmullo de sus voces todavía tintinea con el aire que atraviesa las hojas de las plantas y los árboles.

—Pon atención hija mía, cierra los ojos y escucha los susurros de las que te antecieron, de las que conocían los ciclos de la naturaleza, de las que hablaban con las plantas y hacían tratos con sus aliados para curar. Ellas están abiertas para hablar y enseñarles a las que están dispuestas a oír sus voces. Ve, siéntate bajo un árbol y pide permiso para escuchar sus mensajes, cuando ellas sientan la pureza de tus intenciones y la nobleza de tu corazón, van a ser tus aliadas, te hablarán todo el tiempo, serán tus guías y maestras, solo es cosa de que tú te lo permitas.

Después de recordar las palabras que su abuela le decía de chiquita, mientras la acompañaba al campo para cosechar chilacayotes, calabazas, elotes o cualquier fruto de temporada. Laila sentada en el pequeño bosque de pinos que habían sembrado sus ancestros muy cerca de la casona de los abuelos. Cerró los ojos, sintió el viento acariciar su piel, su cabello, su rostro, pidió permiso para escuchar las voces que se mezclaban con el sonido del viento atravesando las hojas de los árboles, se dejó sumergir en el dulce trance que despedía el olor de la tierra húmeda combinado con los pinos y desde ese estado de calma, pudo escuchar los que el viento murmuraba:

—Podrán hacer muchas cosas para silenciarnos, para humillarnos, y un sinfín de atrocidades que no me interesa contarte, para menguar nuestro poder. Lo cierto es que nuestra esencia sigue intacta; escucha bien lo que te voy a decir, hija mía: en nuestra naturaleza habita la sabiduría ancestral, la energía de todas las Diosas que rigen algún aspecto de este universo. Las mujeres somos cíclicas como la luna, como la tierra, como las plantas, tenemos la capacidad de reinventarnos, de resurgir hasta en el lugar más agreste. Observa cómo la naturaleza no pide permiso para crecer y expandirse por mucho que intenten frenarla, siempre encontrará la forma de mantenerse viva.

Abre tu corazón, que voy a sembrar en ti las semillas de las Diosas para que invoques su fuerza, que ahora es tu fuerza. Cada Diosa representa una fuerza diferente que te habita para que construyas tu realidad en armonía con el todo y con el amor que te encarna.

En ti habita Afrodita, para recordarte que eres magnética, para atraer a ti lo que por derecho divino te pertenece, para que seas consciente de tu potencial creativo

y del disfrute. Cuando necesites estrategia y dirección, pídele a Artemisa que te ayude a canalizar tu rabia en determinación. También puedes acudir a María, la madre protectora y compasiva que te abraza con su manto cuando sientas que no puedes más, resale a Isis para que te llegue la sabiduría que necesitas para parir y nutrir a tus hijos, tus hijos no son solo otros humanos, son todos tus proyectos, todo a lo que quieres darle vida que proviene del mundo de las ideas. Pídele que te conecte con tu poder sanador. Recuerda que te habita la fuerza destructora de Kali, llámala para quemar lo obsoleto, lo que estorba al alma, los apegos, para que en medio de esa espesa oscuridad pueda resurgir tu poder creativo.

Dejó más semillas de las Diosas, descúbrelas, invócalas; despierta e integra estas energías en ti. Comparte el conocimiento, que te ha sido regalado con otras mujeres para que despierten, recuerda que somos nuestra mutua salvación, pues ese temor a nuestro poder hizo que pasáramos por un oscurantismo, donde fuimos perseguidas, torturadas e incendiadas en infames hogueras por la cobarde e hipócrita fé. Se les olvida que la cruz que tanto besan y adoran, es el Ankh, regalo de Isis, símbolo de la vida eterna, que nos recuerda que el cuerpo es pasajero, pero nuestra esencia inquebrantable sigue presente. Nuestra naturaleza salvaje, la hemos sembrado en todos lados, en los cuentos para que resurja en nuestras hijas su sabiduría y su intuición, el conocimiento lo guardamos en cada planta de esta galaxia.

La Nana Juana.

Llegué a casa de los patrones cuando tenía diecisiete años, mi apá me dijo:

— Aquí ya no puedo darle de comer a tantos – así que jalé mis triques y los puse en una caja chica, que me regaló Don Roque el de la tienda. Luego metí mis huaraches buenos, un vestido que cosí en las clases de Doña Juve y un fondo blanco de costal de manta.

Me dieron para el pasaje y un papelito donde venía la dirección. Llegué a la capital y me llevé tremendo susto; todos corrían y te empujaban, creí que me había perdido, pero no traía dinero para regresarme a mi pueblo. Así que me puse a rogarle a la Virgencita de Guadalupe que me cuidara.

Un hombre con mi foto en la mano me tocó el hombro y me preguntó mi nombre. Solo lo seguí, mientras un escalofrío corrió por mi espalda. En ese momento sentí que ya nunca más vería a mi familia.

La casa era grande y muy bonita; nunca había visto tantas flores, árboles pequeñitos en macetas y unos muebles enormes llenos de adornos. Otra mujer con ropa negra y chongo muy estirado me dijo que la siguiera, que tenía que ponerme otra ropa para que pudiera verme la señora. Estaba asustada y con mucha hambre, pero no me atreví a pedir ni agua. Hasta pensé que estaba soñando, pero me pellizqué el brazo y me dolió mucho, así que no, todo era real.

Me puse un vestido negro, unos zapatos que me apretaban el dedo chiquito, algo que llamaron mandil arriba del vestido y de repente ya me estaban diciendo que me apurara a lavar los trastes porque estaba por llegar la señora. Recuerdo a doña Esperanza, una mujer muy alta, con la cara rígida, los ojos tristes, llena de joyas y oliendo a flores. Ella no me miró a los ojos, solo dijo que sí con la cabeza cuando la otra señora con uniforme, le dijo que yo era nueva y que si yo era lo que ella esperaba.

De eso han pasado 30 años, nunca más volví a mi pueblo. Yo crie a los cuatro hijos de doña Esperanza y todos fueron, en secreto para mí, esos hijos que nunca tuve. Hoy tenemos fiesta en casa. Jorgito, el nieto menor, está por hacer su primera comunión.

—¿Ya está el mole Juana?

—¡Sí señora! Ya voy a ponerlo en la mesa.

Socorro.

La señora socorro, había trabajado toda la vida arreglando a las muchachas más hermosas y refinadas de la clase alta. Desde calentar el agua para darles un baño, hasta el último pétalo de un tocado del cabello.

Admitía que su placer más grande era finalmente pellizcar las mejillas para darles rubor, ver como fruncían el ceño y hasta los ojos lagrimeaban por el terrible pellizco que les daba. Para que después ellas agradecieran a regañadientes, porque eso era lo que tenían que hacer, para después irse al baile a buscar marido.

Consideraba el pellizco como su retribución más grande. Pues verán Socorro había trabajado toda su vida en eso, la quitaron a muy temprana edad de con su madre, para cambiarle el nombre a uno menos incómodo para ellos. Pues el suyo estaba en la lengua de sus abuelos, en una lengua que los burgueses no podían pronunciar y hablarla era casi como escupirle a la virgen directo a la cara. La pusieron Socorro porque lloraba mucho, pues extrañaba a su madre y pedía por ella.

Trabajó desde pequeña y durante su vida se dedicó a embellecer a todas esas mujeres y de ahí a toda la vida. Primero fue Julia, en su presentación, cuando se casó y finalmente ella murió de tifus a los cuarenta años. De ahí a sus hijas y a las hijas de ellas, heredada como una propiedad que servía para remendar vestidos, confeccionar tocados y sombreros, apretar el corsé, incluso había bañado un par de veces a sus bebés, como el castigo por incentivar el apareamiento burgués al embellecerlas.

Ahora a sus 61 años de edad, apreciaba los placeres sencillos de la vida como el romper la cáscara de huevo muy cerca de sus oídos, trenzar el cabello del caballo del patrón después de cepillarlo y por supuesto dar tremendo pellizco a las mejillas de esas benditas burguesas, sólo hasta que sus ojos lloraran podía considerarse satisfecha, solo para al terminar irse al desván donde dormía, quitarse las botas y roncar tan duro que los sonidos de su nariz retumbaran hasta el piso de arriba y despertara a sus ambos, quienes ya despiertos comentaron entre ellos:

—Solo es doña Soco.

—¡Hay esa anciana! no me deja dormir.

Capítulo 9

Eclipse.

Atracción luna.

Aún no dejó de sentir esa magia que se desprende de tu presencia, son esas pequeñas partículas que la “luz sombra-sombra luz”, me permite visualizar ese polvo de hada que se mezcla entre un velo de luna y unos rayos de sol que agonizan. Grisáceo es todo lo que queda, es todo lo que queda y no me deja ver con claridad, percibir en una dirección correcta que me aproxima, es la calidez de tu cercanía, es tu tacto que me busca y la dirección cuando empieza irradiar de nuevo esa luz que permite ver todo nítido, claro y radiante. Consistente resulta el abandono a la oscuridad, la que permite limpiar el alma y soltar las estrellas, correr al paraje con su gran esplendor, es esa mezcla aterciopelada, la que me permite darte nombre, un bello nombre que te defina, tú que todo lo atrapa, lo posees y eclipsa.

Alboroto en la calle.

—¿Dónde están los lentes para ver el eclipse? — preguntó el tío Juan, desesperado. Ya casi eran las once y no los encontraba.

María que siempre sabía dónde estaban las cosas, se quedó pensando y buscando. El problema es que no tenía idea de que estaba buscando, nunca había visto los dichosos lentes.

Juan acostumbrado a que todo le dieran en la mano, estaba sentado esperando que apareciera la mano de María con los dichosos lentes.

— ¡María! — gritaba Juan, mientras los vecinos alborotados sacaban mesas, sillas, hieleras y cuanta cosa se les ocurría.

El mentado Juan seguía sentado y María quien sabe dónde andaba. Mientras doña Chole les gritaba a sus hijos

— ¡Apúrense, que dicen que ya empezó!

Jorgito, le decía a su mamá que su maestra les explicó que no voltearan a ver el sol, porque se quedarían ciegos. Doña Chole asustada les dijo, que estar afuera sería de mal agüero; la otra vez Doña Inés le dijo que esas eran cosas del diablo y que por eso su hijo el Pepe, salió con un defecto en el labio. El niño le dijo que la maestra les explicó que eso no era cierto, pero Doña Chole solo respondió con un sape al pobre chamaco.

Por fin el tío Juan, se levantó de su silla, pero no para buscar los lentes, si no para gritarle a María, como si con gritarle aparecieran los mentados lentes.

Afuera el alboroto de la gente iba en aumento, los más afortunados compartían unos lentes que trajo uno de sus niños, pues cuando caminando por la calle casi los pisa. Otros se conformaron con las sombras en el suelo. Solo los hijos de Doña Chole lloraron, porque su mamá nunca los dejó salir.

Y de repente, por unos minutos a mitad del día, todo se oscureció.

La diosa Acera.

—Siéntate — me dijo, mientras seguía montada en mi shock— la diosa acera lo demanda, el eclipse está a punto de comenzar.

No respondí y no me senté.

Había un palmo de personas con túnicas, sus caras no las veía y estaban envueltos en la penumbra de la habitación oscura. Me preocupaba no verles las caras, pero también pensaba que lucían ridículos, no tenía idea si reírme o comenzar a asustarme por no verles el rostro. Para empezar por que no sabía que rayos estaba haciendo ahí.

La luz estaba tenue, casi se evapora por completo. Las túnicas repetían una y otra vez un canto, que ya me había desesperado, en algo que podía detectar que era latín.

Él rozó mis dedos, lo volteeé a ver, su cara pálida me preocupaba y ni siquiera estaba tan segura de que él de verdad me gustara. Sin embargo, ahí estaba y me parecía tan mágico. Me pregunte que, si de estos extraños rituales obtenía sus poderes y porque estaba tan abierto a contármelo, sólo éramos un grupo de desconocidos que se atraían muchísimo. Por supuesto de entre las cosas más estúpidas de la noche, no estaba la decisión de él de contarme su secreto, si no la mía de haber acudido con este puñado de loquitos a orarle a quien sabe quién.

¿Por qué había ido con él? No tenía idea. Pero disfrutaba mucho las caricias que le hacía a mis dedos. Las túnicas cantaban mientras él me acariciaba. Mis manos estaban mojadas. El eclipse estaba llegando a su punto máximo, ¿Qué clase de evangelización era esa?

El eclipse llegaba a su punto, para llenarlos a todos de una oscuridad total, acompañada de un silencio absoluto. Una mujer se puso en medio, justo debajo del tragaluz, que era lo único que antes daba luz. Levantó una mano mientras afuera de la habitación se habían reunido para gritar con violencia, parecía que el eclipse había vuelto loco a todos.

La mujer del medio levantaba una elegante copa sobre la luna que había cubierto al sol. Mire al hombre, me encantaba. Mientras tanto me pregunté ¿Por qué diablos había ido con él? ¡Maldito seas, por haberme traído!

Capítulo 10

Culpa y abuso.

Yo me pregunto.

Cuántas veces nos hemos topado con la cobardía del abuso, un sinfín de caretas, desde las más elegantes y adornadas hasta qué decir de las infames, desvergonzadas y cínicas. Es entre todo eso que nos vamos abriendo camino en un mundo real, sin filtros, donde nuestra intuición y astucia ayuda a mostrar un camino menos escabroso, suelen introducir en un laberinto de engaños y mentiras astutamente elaboradas, son sorprendentes ilusionistas creando realidades poco claras, urdiendo cortinillas de humo para atrapar a la presa en turno. Fácilmente podríamos confundirnos con una verdad inexistente y por lo tanto inexorable, es así como siembran en la víctima la duda y el desconcierto, el temor de ser exhibidos con una culpa que no les pertenece.

Detestable son sus actos y poco a poco consumen al inocente, primero lo mastica lentamente y algunas veces los tragan, extinguendo su desafortunado ser, en algunas ya contaminados los escupen habiéndolo dotado de toda perversión convirtiéndolos en mala hierba y sacrificando como kamikazes.

Eva tuvo la culpa.

Desde que Eva tuvo la osadía de morder la manzana, comenzó esa necesidad social de endosar a la mujer la culpa de todo mal. Incluida la culpa de cualquier agravio que se cometa en su contra.

Si una mujer decide explorar por un rato su sexualidad libre, responsable y sin compromiso, se convierte en un objeto desechable, al que cualquier hombre se siente con todo derecho de acceder sin el más mínimo respeto. Enaltece su orgullo de macho, comentando con sus amigos y algunos extraños; que él ya se cogió a “esa puta”.

Así se le otorga a esa mujer un estigma social sin su permiso. Sin su consentimiento, ha sido etiquetada y marginada. Incluso otras mujeres la juzgan, la ven con asco y desdén por atreverse a explorar su placer.

Como ya es una “puta”, automáticamente su valor ha sido cuestionado, rebajado y puesto en duda; qué más da hablar mal de ella sin siquiera conocerla, sin atreverse a mirar más allá de su comportamiento sexual, cuyo único pecado es que se expresa igual al de cualquier hombre. Nadie puede verla ya sin esa etiqueta en su frente, se le ha anulado el derecho a ser cortejada, a preguntarle por su sabor favorito de helado, su lugar preferido para descansar o contemplar un atardecer, por sus pasatiempos, por sus sueños, nada de eso es para ella, está reservado para otro “tipo de mujeres”.

Y así, con esa marca en la frente camina dicha mujer, sintiéndose extraña por haber sido etiquetada de esa manera, sintiéndose acosada, pues gracias a que alguien la tachó de puta los otros hombres se le acercan con el fin de llevársela a la cama. Se sienten con todo el derecho del mundo, de acceder a ella inmediatamente, saltándose el café, las pláticas, el cine, pues como ya les dije, al ser tildada de puta se le ha anulado su valor como ser humano, solo “sirve para un acostón y ya”.

Ella no tiene derecho a objetar, nadie la toma en serio ni para argumentar. Pues la culpa es de ella por “andar de fácil” y no haberse “dado a respetar”. La culpa de su deshonor es de ella y no del hocico de aquel primitivo animal envuelto en piel de hombre, al que nunca se le habló sobre el respeto y cuya autoestima necesita ser engrandecida públicamente para tapan sus heridas de la infancia.

¡Apestas!

No entiendo, ¿Por qué piensas que mi piel de cobre es fea? Tampoco entiendo ¿Por qué si soy mujer, ya es malo?

Llegaste a mi tierra de muy lejos, olías como el animal enorme que montabas. Tus barbas doradas eran extrañas, me recordaban a los pelos que tienen las mazorcas, que cuando desgranamos el maíz las arrancamos y tiramos. Tu ropa era pesada y llena de adornos. Mi pueblo y yo usábamos ropa que hacíamos con fibras hermosas, elaboradas en nuestros telares, las que teñimos de colores iguales al cielo, al río, a la tierra y a algunos pájaros.

¿Por qué destruiste a mis Dioses y me dijiste que tu dios era mejor? La culpa y el pecado llegó junto con tu dios, cuando dijiste que Eva tomó una manzana prohibida y que por eso tu dios la llamó *pecadora*.

¿Por qué en ese paraíso que dices que era perfecto, existía algo prohibido que causara pecado? Cuando pregunté eso a tu sacerdote me miró furioso y con una vara golpeó mi cara.

¿Por qué un dios bondadoso permitiría que lastimes a mi pueblo? A veces pienso, que a ese dios no le gustaría ver lo que hacen a nuestras mujeres, no le gustaría ver esas violaciones y que cuando nacen sus hijos les digan con desdén bastardos y a ellas putas.

Dime — ¿Qué es más pecado? El que yo pregunte ¿Por qué violas y matas? o el que tu asustes a mi pueblo con tu paraíso o infierno, si no se dejan maltratar o no te obedecen ¿Piensas que, a tu dios bondadoso, le gustaría ver como tratas a otros seres humanos?

No me digas, que yo soy sucia y pecadora solo por no hablar tu lengua y tener piel y ojos marrones. No me digas que mi cuerpo es un santuario de pecado, cuando en ese frenesí vienes y lo violas, sin importarte si me lastimas o como resultado de eso yo termine preñada. No me digas, que mi pueblo es malo por tener sus propios Dioses dedicados al sol, a la luna, a la fertilidad, al agua.

Tú abuso lastima, tus mentiras corrompen el alma de los niños, mujeres y hombres de mi pueblo.

—¡Regresa a tu pueblo y nunca vuelvas! ¡Date un baño en el río, apestas! ¡Limpia tu cuerpo con las hierbas aromáticas y sanadoras de mi tierra! Después cómete tus mentiras, galopa tu caballo, navega en tus barcos y desaparece en el mar de donde viniste.

Déjame con mis flores, mis dioses, mis montañas, mis peces hermosos, mis altos árboles en esta tierra de colores donde nací.

La dualidad.

Mi hermano después de mucho insistir, que lo visitara en la ciudad a donde se había mudado con su esposa. Tome el vuelo más barato y tras aterrizar ya me tenía dos boletos para una puesta en escena como la que nos llevaba nuestra madre cuando éramos pequeños. Declaró que era una actividad solo de hermanos, por eso el escaso número de boletos. Me sentí aliviada, de pasar al menos un día a solas.

Me bañé después del vuelo, me alimentaron en vuestra casa y después me puse un bonito vestido que había guardado en la maleta por fortuna, mi hermano me esperaba en la puerta, sólo para caminar dos calles en tacón alto a una pensión donde guardaba su coche, pues su edificio no tenía aparcamiento.

El teatro era un espacio privado, más pequeño de lo que imagine. hasta me sentí más arreglada de lo que hubiera debido, nos pidieron los boletos, nos acomodaron en nuestras butacas, apagaron la luz y les juro que me embarque en la historia más maravillosa que mi hermano pudo tener la idea de ver, recuerdo precisamente un par de diálogos que se quedarían marcados en mi cabeza.

—Con Eva no les bastó tras mostrarle la manzana a Adán, tan inocente él no sabía lo que hacía. Todavía fueron osados, de decirle a Lilith que tenía la culpa de que se fuera con Eva o de que Yevha decidiera juntar sus partes, su dualidad e ignorar por completo su versión femenina. ¡PARIRÁS A TUS HIJOS CON DOLOR! — chilló, una mujer que era conocida como Antonia dentro de la obra. vestía un traje sastre con camisa azul y medias negras. Ella era una mujer madura de unos cuarenta y ocho años.

—Parirás a tus hijos con dolor, ya se. ¿Tú lo heridas en el calcañar? — respondió sigilosa Elena, atravesaba los veinte y era una mujer hermosa peinada bellamente, traía unos pantalones anchos y una diminuta playera de “Iron Maiden”,

—Y si lo hacemos, pestañeamos y ya hay una falda muy corta culpable de mucho, una salida a deshoras o el abandono de tus críos y hasta la misma muerte de Jesús si pudieran. Pero oídos sordos. — respondió Antonia, levantándose del taburete, donde estaba sentada, mientras mi hermano me apretaba la mano.

Me miró con la boca abierta hecha una “O” y esperé a que terminara de hablar. Antonia miraba fijamente a Elena, que dentro de sus roles era un poco menos explosiva.

—*Los antiguos decían tanta cosa, culpables de orarle al toro, pues le rezaban a Baal*—trague saliva — *entre sus cuentos venía aquella historia, donde al inicio Yevha...* ¿Si sabes de quién estoy hablando, no es así?

—*Lo sé* — aun así, Antonia le respondió.

—*Pues él tenía una dualidad, o una división. Era dos cosas una versión era femenina la otra Yevha como lo conocemos* — las chispas saltaban, ese par tenía tanta química — *y ambos eran equilibrados...*

—*¿Esa es Astarté?* — inquirió Elena.

Aceptó con la cabeza y se acercó a Antonia, muy rápido.

—*Luego dicen los antiguos, que se pelearon, ¿La culpable? Ella claro, pero era tan fuerte que no pudo regresarla a su cuerpo y se separaron para siempre, como dos deidades diferentes y dime ¿Cuál es la religión pagana?*

—*La de Astarté.*

—*Exactamente, y dime ¿Nos señalan a nosotras?*

—*Lo harán* — Elena acto seguido, besó con fuerza a Antonia, quien recibió su beso con mucho placer y casi con gozo. La química que las dos tenían era muy buena.

—*Nosotras siempre somos las culpables.*

Pero lo que más raro se me hacía, era que concordaba en todo, nosotras sea como sea éramos culpables de todo siempre, él hombre poderoso y su incapacidad de aceptar lo que hace sin culpar a otros. Mire a mi hermano, igual estaba de acuerdo. Como sea, salí satisfecha del teatro, después nos embriagamos hablando del tórrido romance de Antonia y Elena, mientras yo las buscaba pues se habían ganado un nuevo *follower*.

—De mí no dijeron ni pío, cuando salí con la chica diez años menor, ¿Lo recuerdas? — agregó mi hermano ya pasado de copas.

Capítulo 11

Terror.

Transfundir.

Jalo mi pequeño suéter gris, desesperada por encontrar mi esencia, la que voy perdiendo a medida que la frialdad de ese viscoso líquido invade mis venas. El dolor y el sufrimiento empiezan a mancillar mi alma. Oprimir mi pecho. ¡Esto no quería para mí! ¿Dónde me perdí? ¿Dónde voy a encontrarme? Quiero salir corriendo y dejar todo atrás, lo perdido, lo ganado, la memoria, no recordar lo que gané ni lo que perdí. Quisiera ser niña de nuevo, volver a confiar y sin embargo lo veo tan lejano, ya ni siquiera mi sangre es la misma.

Ya no me siento yo

Ya no me reconozco

Por eso vivo la soledad

De ser única.

Una noche oscura del alma.

— ¿De qué o de quién estás huyendo mujer? — Levantó la vista del camastro, a lado se encontraba un hombre de sonrisa bonita, ojos aceitunados y cabello castaño con un español agringado. Atónita, Viviana sonrió sin decir nada, se incorporó, suspiró y le preguntó por su nombre.

—Oh sorry. Mi nombre es Liam, soy de Tampa, Florida

—Viviana, nice to meet you

— ¿Quieres una cerveza? — Preguntó él con su curioso acento y le extendió una lata

—Sí, gracias.

—So, estaba viéndote, luces un poquito asustadas, yo quiero saber si en algo te puedo ayudar.

Viviana se carcajeó con mucha fuerza.

— ¿Estás listo para escuchar mi monólogo? Ahí encontraras la causa de mi terror interno.

— Por supuesto, nadie llega solo a este tipo de lugares, sin una pena que le embargue el alma.

— No sé, por dónde empezar. No sé, si comenzar por el día que me dí cuenta que estaba viviendo la vida como un zombi— tragó saliva — mi alma estaba a punto de ser confiscada por un sistema de hacer, hacer, sin parar y a perseguir cosas materiales. No sé bien qué me pasa, solo sé que no estoy segura de desear esa vida, pero tampoco sé hacia dónde ir, me siento a la deriva. ¡Y es que vaya mundo en el que nos tocó vivir! Nos bombardean desde pequeños para anhelar profesiones, puestos, sueños, casas, viajes lujosos, carros, nos han programado en el inconsciente que tienes que dar toda tu energía, tiempo y creatividad a una empresa. Al sueño de algún rico al que le vales madres, no importa si tienes gripe, migraña o unos cólicos del infierno, tú tienes que estar como roble a las 9:00 AM o antes con la panza vacía, dispuesta a darlo todo y a hacer horas extra sin paga. Tienes que ser capaz de aguantar el mal humor de tus superiores y sonríeles todas las mañanas —continúo —para que no te hagan más imposible la existencia, es tu deber como empleado aguantar la manera en la que te estrellan sus frustraciones solo porque la caja no iba ahí o tienes una falta de ortografía en tu hoja de Excel. Todo eso y más a cambio de obtener un pago apenas significativo, para comprar a crédito una casa en la punta de la chingada a 25 años o alguna otra chingadera menos costosa. Te convencen de que necesitas llenar tu existencia de un sinfín de cosas en apariencia fundamentales para que no te quejes, aguantes y des todo— dijo terminantemente — Así que estoy aterrada, no sé si es normal no querer eso, si estoy al borde de la locura, vengo huyendo de mí, de mis pésimas decisiones que me trajeron hasta aquí, quiero poner orden a este tsunami devastador, pero no sé por dónde empezar. Siento mucho miedo e

incertidumbre, no sé hacia dónde voy, no sé si existe un camino diferente a eso y como se llega a él.

—Entiendo, eso que te pasa es completamente normal, estás en una crisis de vida. *You will be okay again, perhaps not now but you will. You just need to reinvent yourself and come back to you, but it takes time, date permiso de atravesar esa tormenta. Te deseo mucha paciencia y amor. Know, let's go swimming.*

Tomó su mano y corrieron hacia los rayos del atardecer que se reflejaban en el mar, parecían dos niños jugando.

Hola, Roque.

Mi abuelita me estaba contando un cuento sobre dos niños que estaban caminando por un largo camino en una montaña alta, muy cerca de un pueblo, más allá de donde mis ojos alcanzaban a ver.

Mi abuelita tiene los ojos grises, así como su cabello. Su voz es un poco ronca y cansada, pero me hace imaginar cada uno de los prados y árboles por los que atraviesan los niños.

Dice mi abue, que la niña tiene el cabello largo y negro, con unos risos hermosos, el niño un pantalón azul y su camisa llena de puntos azules. Yo ya tengo sueño, pero no quiero dejar de escuchar el cuento y me pellizco los cachetes para no dormirme. Mi mamá grita en la sala

— ¡Mamá, deja dormir al niño que mañana tienen escuela!

Mi abuelita me guiña el ojo y continúa contando el cuento. Por fin los niños encontraron una cabaña ahí en el bosque. Entran muy despacito, pero no hay nada, solo ratones, muebles viejos y rotos.

—Nos equivocamos de camino, Jorge – dice la niña

— Uy, pero ya es tarde Ana ¿Qué hacemos?

De repente escuchó un fuerte golpe en la sala, mi abuelita asustada va rápidamente a averiguar qué pasó.

Hay silencio, mucho silencio. Me cubro con las cobijas, estoy muy asustado, no sé si esconderme debajo de la cama o ir a ver qué pasa en la sala. Se abre la puerta de repente y entra la Dra. Mariana.

—¡Hola Roque! ¿Cómo estás? ¿Qué te pasa hoy, por qué estás escondido? – dice la doctora Mariana. Le cuento que mi abuelita fue a la sala.

—Roque ya hemos hablado de que, tu abue y tu mamá murieron en ese accidente. Pero te tengo una linda noticia. Hoy viene una pareja. Ponte guapo, lávate la carita, es posible que quieran adoptarte.

Mi abuelita, estaba parada atrás de la doctora, solo sonrió.

El habitante.

Funesto, lúgubre, borrascoso, aterrador, impensable, inhumano
y todas esas palabras que podrían describir una mala sensación, yo las sentí.
Fuera de lo sangriento, podrido, fantasmal de eso no.
Aquello que pone la piel de gallina y habita mis momentos
más morfinómanos, psicotrópicos, desconectados
Ahí habita la pérdida de mis placeres, pasiones, regocijos.
Cuando chocaste los pies para irte y dejaste de poner el azul,
quede ahogada, perdida y fatídica.
Al final no importa, solo es un poema sobre un hombre
insensible, incompleto y casado.
Que se yo, de mis miedos de sangre y vísceras no se trata
solo del habitante insensible, incompleto y casado

Capítulo 12

Envejecer.

Sabio es el tiempo.

¡La vejez es un camino inherente, donde todos tenemos una cita! ¡Si bien nos va! Es el camino de la juventud, el que nos enseña que algún día llegará. Son nuestros miedos infundados de no llenar nuestras expectativas, es el miedo a lo desconocido.

La vejez como comúnmente llamado, no es más que un cúmulo de:

Sabiduría, para el que quiere ser sabio.

Estupidez, para el que ignora.

Cansancio, para el que ya no quiere seguir esforzándose.

Llanto, para el que no supera.

Risa, para el que se lo propone.

Felicidad, para quien la trabaja.

Pasión, para el que no deja de ser intenso.

Libertad, para el que se lo propone día a día.

Paz, para el que cultiva buena cosecha.

Muerte, para el que nunca se es recordado.

Vida, después de la muerte para el que trasciende.

La vejez tan ambigua.

Dilación.

Es el tiempo, son los años, los que hacen mejor al vino y al queso, incluso dicen por ahí que los hombres con la edad son más exquisitos, me pregunto por qué con las mujeres no aplica la misma fórmula; por qué un hombre maduro, que ha acumulado sabiduría y experiencia prefiere vincularse con una mujer inexperta y manipulable de veintipocos años.

En cambio, a las mujeres desde chicas, se nos exigen tantas cosas, entre ellas cumplir con los cánones de belleza “no ser gorda, no tener celulitis, ten caderas y glúteos grandes, ten una nariz perfecta o haz que te esculpan una, opérate los pechos y los labios para que se te vean firmes y joviales.

La sociedad nos exige tantas cosas que es abrumador ser mujer. Ser yo misma sin que estas cosas se metan en mis pensamientos y me hagan cuestionarme cómo será cuando las arrugas se instalen de manera permanente para ser remarcadas y multiplicadas conforme al curso de la vida ¿Seré capaz de aceptar los procesos de mi cuerpo? O ¿correré a buscar un bisturí que infle mi rostro?...

¿Seré capaz de aceptar de manera altiva mis años, portar dignamente mis experiencias como insignias de guerra?

¿Seré capaz de aceptar los procesos del cuerpo, de contemplarlo con calma como si fueran hojas de otoño?

No lo sé, pero deseo que quien hoy busco ser y las evoluciones de mí misma que el tiempo me dé. Me lleven a portar mi vejez con orgullo y un atisbo de soberbia por haber sobrevivido al paso del tiempo y por haber vivido cada etapa de la vida con dicha y gracia sin remiendos en la piel.

Marcas .

Me observé en el espejo y de repente noté que mis ojos antes grandes y expresivos, ahora estaban más pequeños y el delineador se perdía entre algunas capas de piel flácida. Tomé un algodón y decidí quitarlo, al fin que ni se ve y solo se pierde cuando abro los ojos.

Mis ojeras, —¡Qué barbaridad!, se fueron, ahora son bolsas debajo de los ojos.

Cuando estoy seria, mi boca se ve triste, hacia abajo, le llaman paso del tiempo, gravedad, flacidez.

—Uy ¡Las canas! ¡Esas sí que están intensas! Y curiosamente más gruesas, que el resto del pelo.

Ya en la calle están cambiando mi nombre de señora a madre y yo digo: — ¡Madre la que te parió! ¿Desde cuándo tengo hijos tan feos?

La belleza de la vejez es que ya no tienes que soportar los odiosos piropos que iban desde frases poéticas, hasta las más horribles vulgaridades. Es tan bello no tener ya que escuchar, a un montón de machos reafirmando su masculinidad al soltar improperios a las mujeres que van por la calle.

Una desventaja de la vejez es que cada día encuentras una nueva marca o a veces una mancha que no tenías, además de esas dolencias en la espalda y ese insomnio de las 3:00 AM. En esas noches “mágicas” de insomnio cuando todo duerme, recuerdas tu vida. Lo agradecida o desagradecida que estás de todo lo que pasa y empiezas a soñar, no solo dormida sino también despierta.

Hoy, solo sé que mi juventud se fue. En cada surco y en cada línea de mi rostro están marcadas muchas de las historias que guarda celosamente mi memoria

Hereditario.

De joven vi a mi abuela perder la cordura ante los viejos libros que poseía y a gritos los recitaba. La verborrea vomitada y tragada que siempre aplicaba, luego para ser amable y transformarse como una nahual en la mujer más dulce que tuvo la osadía de pisar este planeta. Preparar remedios de hierbas, hablarte con pasión de lo mucho que le había gustado ese libro que leía. Contarte lo hermosa que fue. cuando joven, de cómo le gustaba a un fisicoculturista que siempre era nombrado Mr. Atlas en las historias que me contaba, al cual su hermano había ahuyentado porque era demasiado joven para él. Pero que al final no logró espantar al viejo punk, que había tenido el valor de cerrar el periférico y golpear a un policía. Con ese se había casado, en un larguísimo y tormentoso matrimonio.

Siempre hablando con esa misma verborrea y decir un antiquísimo dicho. Entendí la herencia cuando le dije a mi marido —El casado casa quiere — y él acto seguido me llevó a vivir lejos y yo me disculpaba diciendo:

—Perdón es la herencia dicharachera — recordando en el acto a mi abuela, que también comentaba:

—Mi mamá era una dicharachera — Hablando de su madre una pelirroja casada con un nahua, que podría jurar que herencia africana también tenía, de entre las interminables castas que hubo, algo de eso debe haber. Mostrado en fotos y cantando en prosa. Sobre todo, cuando se conocieron yendo a bailar o cuando hacían canastas y llenaban enormes vitroleros de aguas frescas.

Por mi abuela hablo como hablo, con una que otra majadería que tanto ruido le causaba, a sus santos oídos. Recordando siempre que, si mi marido quiere azul celeste, tenía que costarle. Ella no decía cuánto o qué, pero, algo tenía que costarle.

De mi madre. Mi madre si era la más bonita de la cuadra, por eso mi padre no tardó en ir a presentarse cuando llegaron a la colonia. Ese hombre eternamente indeseable, venía ya previamente anunciado por la vecina como un mal hombre. Eso poco importó sinceramente, el mal ya está hecho. A mi madre no se le puede contar las pecas de la cara ni los días de trabajo. Perdiendo los estribos de vez en cuando, en esa misma verborrea que se nos heredó.

A sus milanesas jamás se le pegaba el pan, y el ruido que produce en las mañanas era casi para carcajearse. De ahí en fuera podías encontrar una buena conversadora, una romántica empedernida, una buena bailarina y el único sustento de muchas cosas. Adicta a las cremas de arrugas, que

bien habían funcionado pues a sus cincuenta años, seguía siendo la más hermosa de la colonia.

Ahora que yo envejezco, veo en mí los ademanes de ellas y la misma manera hereditaria de mover la boca para soltar toda esa verborrea. Las marcas que carga mi cara no son para menos, solo marcan el camino a conocer de todas las mujeres que me precedieron y las que me precederán.

La Luz por ejemplo que viene y va, perdiendo todos los útiles que le enviaron al colegio, sabiendo de antemano la regañiza que le meterían cuando sepan todo lo que perdió. Aun así, mantendrá la esperanza, te invita a dibujar con los colores que le quedan, te dará besos y le enseñará a obedecer al sistema, a ese señor que tantas veces se peleó y fue valiente al cerrar todo el periférico para que escucharan sus enojos.

Por ahora solo estamos mi marido y yo, me cuenta sobre su madre y sus aventuras en toda la San Felipe de Jesús, siendo ella la única capaz de pelar un mango como se debe de hacer, sin errores ni desperdicios. Aceptando que ella también me precede.

Las marcas que carga mi cara no son para menos, solo ratifican que no hay miedo a envejecer, solo verborrea de mujeres.

Capítulo 13

Amor devastador.

Devastación.

No puedo evitar el horror que me provoca esa bolsa roja, que se aproxima como una bestia para arrancarme lo poco que queda de mí, un cadáver invade mis venas y su frialdad la siento como avanza, es una muerte lenta. Nunca más volveré a ser la misma, mi soledad en este lúgubre cuarto de hospital me ha convertido en piedra, ya no tengo vida propia, mi espiritualidad ha sido avasallada, destrozada, mancillada, he perdido la fe y todo sentido de vida. Mi deseo sería ya no pertenecer a esta planicie, ya no existe nada ni nadie por quien aferrarme, al contrario, mi enojo, mi indignación y mi soledad me lo confirma.

Quisiera arrancarme este punzón que confirma una vez más la muerte, me voy volviendo espectro de lo que fui, y tú no sabrás, hasta que te toque vivirlo en cualquiera de sus rostros, ¡Que así será! Tanto que desearás arrancarte las entrañas y tu destino será vivir, he invocado a la muerte y está no te escuchará, te ignorará como tú me has ignorado. Te devorarán las bestias del infierno y tu remordimiento no tendrá fin, buscaras mil Doña Inés, porque la tuya se habrá marchado y no te salvará, dejándote un vacío que ya nunca llenarás, y en tu propia soledad invocarás de nuevo a la muerte y te dará la espalda como tú tantas veces me la diste y tu condena será vivir en un mundo decadente y nauseabundo.

Lo que nunca fuimos.

¡Qué maravilla poder estar reunidos aquí, al fin el tiempo y la distancia abismal! Me ha concedido una oportunidad para conversar contigo desde un lugar diferente, no solo interno. Es solo que, jamás imaginé que un país tan grande con tantas ciudades importantes nos iba a reunir en un suburbio de una pequeña ciudad.

Debo confesar que cuando te vi en la fila de la caja creí que era un chiste o algún clon tuyo, hasta que me miraste con la misma cara de anonadado con la cual yo te miraba, ahí supe que no era una película de Hollywood, que no estaba imaginando, en efecto eras tú. A pesar de todo te sonreí y me acerqué a saludarte si, si estaba temerosa de que reaccionaras negativamente a mi acercamiento, y es que a juzgar por como terminaron las cosas entre nosotros, no te culparía por no devolverme un saludo.

Pero ¡Qué gusto! ¡Qué maravilla, poder estar aquí reunidos en un territorio neutro para platicar! Hay tantas cosas que me gustaría contarte, pero no vine aquí para hablar solamente de mí, me gustaría que tomáramos la plática que en realidad nunca tuvimos sobre ¿nosotros? si es que hubo un nosotros, es que en mis sueños, fantasías y terapias le di tantos finales a eso que fuimos, que creo que se la debemos a ellos, aquellos jóvenes inmaduros que no se sí querían devorar el mundo o destruirlo: ¡Qué ávidos fuimos!

Sonreíste, llamaste a la mesera, te pediste un americano con licor y yo pedí un chai.

—Empezamos fuerte, el día ¿no crees? — lo dije por el licor en el café matutino, aunque aquella reunión era ya de por sí algo pesado de digerir. Se me agolpaban diferentes emociones en el estómago vacío.

— ¿Eso crees? — Sonreíste con picardía en la mirada, aja, esa que me derretió años atrás.

— ¿Tienes un As bajo la manga, para romper el hielo?

—Tengo todo el mazo

—Muéstrame tus cartas

—Escoge un color, cuando salga una carta de ese color tu podrás preguntar algo

—Me late, antes de sacar una carta, me gustaría saber si estás omitiendo alguna regla en tu juego— preguntó ella.

—Ninguna regla, preguntas de cualquier tipo, vamos a abrírnos, seamos honestos, estoy de acuerdo en que nos debemos un final distinto — continuo — Primero las damas

—Elijo el rojo— Sale un as de diamantes rojo— ¡Qué suerte la mía! Espero que las hayas barajado bien y no sea como cuando se juega uno, sin haber deshecho

bien la partida anterior Ok, dime ¿Te dolió cuando te arranqué de mi vida, como si fueras el origen de todos mis males?

—Ah, nada de preámbulos, directo a la yugular — dijo, rápidamente — Si, si me dolió, pero no quise demostrarte ya nada, ¿para qué? Fuiste muy clara en tus palabras: “no te quiero más en mi vida”. Con el tiempo supe que esa herida había sido más honda de lo que creía, me rasguñaste profundo.

—Wow, me ahorraste una pregunta. Tu turno

—Cuatro de trébol negro. No hay trampas, simplemente así es el azar.

Dijiste eso cuando viste mi cara de sorpresa por lo parejo que se estaba poniendo el juego, entonces preguntaste: ¿Si tanto me querías para ti por qué nunca lo dijiste a tiempo?

—Ese licor te está dando mucha puntería ¿No crees? Te quería para mí, siempre te quise solo para mí, esperé diez años a que tú también lo quisieras. Y en todo ese tiempo solo lo intentaste una vez y no fuiste nada claro, no tienes idea de todas las veces que, en mi cabeza, giró aquel encuentro donde me dijiste que me querías; y yo, yo no supe qué hacer en ese momento. Pero seguí soñando con que la canción de Perfecta se hiciera realidad para mí para nosotros... Te la tarareo — mi tono cambio— *Solo tú, no necesito más; Te adoraría lo que dure la eternidad; Debes ser perfecta para, perfecto para; Perfecta para mí, mi amor; ¿Cómo fue que de papel cambié? Eras mi amiga y ahora eres mi mujer; Debes ser perfectamente, exactamente; Lo que yo siempre soñé.*

—Jota de picas negro— Se dibujó una sonrisa en tu cara — ¿Qué o quién fui yo para ti?

— ¡Oh, vaya que anda rudo tu ego! Después de todo lo vivido, me cuesta entender que quede alguna duda en ti. En fin, lo que diré, es lo que ella, la que se enamoró desde el primer día que te vio, la que te amó como la Incondicional de Luis Miguel— tomé el vaso de chai — nunca se atrevió a decirte, que te quise tanto que en ese quererte me olvidé de mí, en ese aferrarme a ti sin importar las migajas que recibía de ti, olvidé que yo era lo más importante para mí. Si por mí hubiera sido, te habría dado todo de mí. Tú eras más importante que mis sueños, yo era capaz de renunciar a todo lo que era por ti. Fuiste el gran amor no correspondido en la misma sintonía de una bella etapa de mi vida, y no solo eso, fuiste mi primer amor, te amé como nunca imaginé hacerlo, debo confesar que me costó quitar tu nombre de lugares y cotidianidades. Por suerte nos hizo falta vivir tantas cosas, y estuvo bien así, no te llevaste todo de mí, todavía me quedó bastante para compartir y vivir sin que llevará tu aroma.

Dimos otro trago a nuestros vasos y continuamos:

—Reina de trébol rojo. ¡Qué alivio mi turno al fin! Ahora que ya sabes quién fuiste en mi vida, dile algo a la que te amo, no importa si no fue real, dile algo a ese corazoncito que tanto te idealizó.

Sonreíste mientras cerrabas los ojos como si esa pregunta ya la hubieras avizorado, no sé si ya tenías la respuesta en la lengua, tomaste mis manos heladas que provocaba el clima de aquel diecisiete de octubre.

—Mira hermosa, claro que estuve enamorado de ti, por supuesto que te amé. Nunca sentí que estaría a tu nivel, siempre pensé que me cambiarías por alguien mejor. Hoy veo que tú si hubieras sido capaz de dejarlo todo, absolutamente todo por mí. Pero yo también era joven y estúpido, no te culpo ni me culpo por el daño que nos hicimos, así tenía que ser, de alguna manera teníamos que aprender.

—Rey de corazones negro. ¿Imaginaste una vida sin mí?

— ¿Por qué me preguntas eso? ¿y no cómo habría sido nuestra vida? Si nos hubiéramos casado en la playa o en un jardín; y si la fecha hubiera sido en verano o en otoño, si la luna de miel hubiera sido en París, un tour por Europa o algún paraíso con playa; por el nombre de los niños, ¿cómo se llamaría el perro y qué raza sería? ¿O si hubiera dejado mis metas para acompañarte a perseguir las tuyas?

—Esa no es la respuesta a lo que pregunte.

—Tardé muchos años en superar lo que nunca fuimos. Así que no, no la imaginé. En vez de eso la fui construyendo.

Tres de corazones rojo. Te quité el cigarro de la mano y me lo llevé a la boca, me tomé mi tiempo para exhalar el humo que acompañaba mi pregunta.

—Yo pude haber destruido tu relación, o quizás no, quizás solo hubiera dejado una cicatriz que loide ahí. Ahora dime ¿Por qué ella y no yo?

Te cambió la mirada, frunciste el ceño.

—No me diste tiempo para elegirte o tal vez sí.

Él no terminó la oración, decidió sacar otra carta.

—El joker. Fin del juego preciosa

—No, que no habría cláusulas ocultas, se estaba poniendo buena esta partida, quizá ya te dio miedo seguir abriendo el corazón, no hay nada de malo si le das voz a él. O acaso ¿Se te movió algo?

—Me tengo que ir

Te paraste de la mesa para despedirte, y yo como resorte lo hice también. Te acercaste a mí para abrazarme, solo que pegaste tu frente con la mía, otra vez volvía a tener esos labios rojos de cerca, cerré mis ojos por un instante. Acariciaste mi barbilla, mientras tu otra mano se abría paso por debajo del abrigo rojo, para posarse en mi cintura y por si no fuera suficiente, tuviste la osadía de hablar muy cerca de mis labios.

— ¿Quieres terminar la partida en otro lado?

—Por suerte, tú ya no me conoces más. Ya no envidia ni deseo, la suerte que ella tiene de tenerte a su lado.

Me fui de ese lugar recorriendo y sacudiendo las sensaciones que aquel encuentro había dejado en mi cuerpo, ¡claro! El cuerpo tiene memoria, recuerda bien los lugares donde hubo felicidad y gozo. Aunque el final se lo debo a ella, mi presente ya no es con él. No podría dormir junto a mi esposo, cargando con el remordimiento que provoca el recuerdo de un encuentro furtivo con un viejo amor.

El Gato Tom.

El gato Tom estaba tranquilo echado en su tapete, se limpiaba lentamente su piel, sabía la importancia de verse lustroso. Terminó de acicalarse y rápido sus ojos atentos observaron una araña en el techo. Maulló lento, porque era consciente que no podía alcanzarla, con suavidad se estiró y decidió ir a beber un poco de agua la cual estaba limpia y fresca.

Sus garritas treparon por el sillón, dio varias vueltas, se acomodó y al final se durmió. A lo lejos se escuchaban voces humanas, pero Tom solo se movió un poco del sillón donde se había acomodado.

Las voces aumentaron, ahora eran gritos, Tom se levantó y se asomó por la ventana al departamento vecino. Sus ojos se abrieron más cuando además de gritos, escuchó fuertes golpes y llantos. Tom no comprendía por qué los humanos estaban tan violentos y enojados, movía su cabecita de un lado a otro sin entender qué pasaba. Siguió los golpes y los gritos, después un portazo y una amenaza.

Hubo un largo silencio, más tarde, escuchó rumores en el edificio, alguien tocaba fuertemente la puerta de los vecinos.

— ¿María, estás bien? Ábreme soy Inés tu vecina del 204.

Minutos más tarde, se escuchó un grito de Inés y personas corriendo rápido para auxiliarla.

— ¡Es María, llamen a la ambulancia por favor!

Tom seguía confundido, solo escuchaba pasos, voces, pero su querida humana Sofía aún no llegaba.

Llegó la ruidosa ambulancia, siguieron las voces y el alboroto en el edificio. Después de varios minutos de silencio, Tom tranquilo regresó a su sillón y se durmió.

Al atardecer se oyó que abrían la puerta de su casa. Tom presuroso salió a recibir a Sofía, se untó en sus piernas, alzó sus ojitos y maulló como saludo de recibimiento.

Sofía se veía triste, se sentó en el sillón, acarició a Tom quien rápidamente se acomodó en sus piernas.

— ¡Ay, Tom, me alegra que seas gato! ¿Si tú supieras lo que le pasó a María? — Tom miró a Sofía muy atentamente, se acurrucó cerca de su pecho y ambos quedaron tranquilamente dormidos en el sillón.

Conversación aleatoria.

—Háblame más de esos sueños — dijo, con un tono osco.

—Por supuesto, si quieres te los cuento.

—Dale.

—Estaba en una habitación oscura, con techos altos, pero no tanto para proyectar ninguna luz. La única cosa que contrarrestaba la profunda oscuridad era un par de velas que había en un mueble antiguo. Arriba de él se encontraban jarrones con flores marchitas, un cepillo para el cabello, un par de copas y muchas otras cosas viejas. La luz venía de unos candeleros con velas a punto de extinguirse, tan cortas, y el sobrante formaba figuras debajo — susurré, recordando vívidamente — había una cama también, con mueble viejísimo de latón, no la usábamos. Tú estabas en un taburete frente al buró, y yo sentada sobre el mueble. Vestías un traje, como si estuviera a punto de irte a trabajar, ya sabes camisa blanca y pantalones negros de vestir, hacías el nudo de la tu corbata con ademanes algo exagerados, yo tenía mis pies sobre tus rodillas, y simplemente te veía hacerte el nudo. No hablamos para nada, de hecho, el silencio era ensordecedor. Me mirabas de vez en cuando con una mirada lasciva como si fuera a devorarme o a follarme muy duro en cualquier momento.

—¿Cómo estabas vestida tu?

—Yo traía alguna especie de *negliglee*, como el fondo que usaban las mujeres de antes debajo del vestido. Delgado casi transparente, me veía desnuda— explique — las velas no nos rescataban de la oscuridad, pero tú te le hacías nudo a la corbata como si, lo pudieras hacer hasta en la completa penumbra. Es más, la poca luz hacía que te vieras brillante, como una delicia dorada.

—¿Delicia dorada? — preguntó, enseñando sus dientes.

—Si, como si la luz se proyectará dorada sobre nuestra piel, tu siendo un poco pálido por la reflexión te veías como un manjar o una joya — dije entusiasmada — parecía por las miradas que intercambiamos que nos conocíamos de toda la vida, aunque nuestros cuerpos eran aún desconocidos. En fin debes pensar que estoy loca.

—No lo pienso, te pregunto los detalles porque quiero imaginarme perfectamente toda la escena — dijo él —¿No hacíamos nada entonces?

—No, nuestros cuerpos eran tan desconocidos como lo son en la ahora—
musité, aunque aquello sonó más como una queja — yo solo te veía muy
concentrado con la corbata, recargando mis pies en tus rodillas.

—¿Ni siquiera acariciaba tus pies en mis rodillas?

—Ni quiera me tocabas un solo dedo, aunque aún así deseábamos.

Capítulo 14

Muerte.

Verme de frente.

Quiero morir lejos de toda pesadumbre, ya que mi agonía comenzó al nacer, al saberme no deseada y haber recorrido tantas vidas sin razón.

¡Quiero morir lejos del egoísmo de mi raza, que no permite los empalmes en las cordilleras, reventarme en las estrellas, desvanecerme en las llanuras, mantenerse en las memorias de la gente que me amó! Y así, me dirigiré al umbral del eterno silencio, con mi bello semblante y mi sonrisa eterna.

Y mi epitafio dirá: la muerte es la tierra fértil donde crece la paz.

El álbum.

Aquí estoy yo, un recurso para honrar lo que ya no está en la vida condenado a un cajón digital o físico. Yo contengo los restos de lo que hubo en vida, yo no soy una fúnebre urna que guarda las cenizas, del vehículo que usaba esa alma para ver, sentir, saborear, gozar y experimentar la vida. Yo guardo los restos de las memorias impresas, yo te puedo llevar a navegar tus emociones, de la nostalgia a la alegría, yo puedo recordarte lo afortunada que eres por abrirte a la vida y vivir aventuras.

En mi yacen los restos de los mejores momentos que has vivido en tus diferentes versiones. Sin darte cuenta has pasado por varias muertes en tu vida, quien fuiste hace un par de años no volverá a estar aquí; y ¿Acaso te despediste de ella? ¿Recuerdas el día de su partida con pesar? ¿O solo vive la nostalgia de no estar más en ese cuerpo, en esa etapa de la vida?

Yo conservo los instantes congelados, los que te recuerdan que eres mucho más que la suma de tus metidas de pata, lecciones fuertes y esos errores que de vez en cuando te martillan la cabeza con pensamientos de culpa y remordimiento.

Yo estoy aquí para que le eches un vistazo a tus recuerdos, para mostrarte lo maravillosa que es la vida, que puedes sumar todos esos recuerdos bellos y usarlos como apoyo, cuando la mente cargada de creencias de castigo impuestas por la religión quiere atropellarte.

Mi razón de ser es mostrarte lo grandiosa que es la vida, para que te enfoques en las notas dulces de tu corazón, y continúes creciendo.

Te inspiro a seguir sumando más instantes a mi cuerpo digital, aunque antes podrías tocarme, la familia de vez en cuando se sentaba a abrimme, sonreír y preguntarle a mamá sobre la señora del cabello esponjado, el señor del bigote chistoso que salen el día de su boda. A veces las fotografías eran tantas que se guardaban en una caja de zapatos, pero lo importante es que de vez en cuando alguien se daba tiempo para rememorar lo que un día sucedió con alegría y suspiros.

Te invito a sumergirte, en lo que has depositado en mí al paso del tiempo, visítame más seguido, no te quedes con la imagen en una pantalla, llévame contigo a una caja de cartón o galletas; adorna un cuaderno bonito y pega fotos en sus hojas, escribe la fecha, una frase, adorna con estampas, flores secas o dibuja algo que enaltezca tu experiencia vivida y te invite a evocar tus días de gloria. A mí no me importa esperar por ti en un lecho oscuro y frío, yo voy a estar esperándote con lo mejor de ti siempre.

La gente no entiende que la muerte los acompaña, olvidan que todo el tiempo los rodea, ¿Qué pasó con las flores del jardín?, ¿Qué fue de aquellos zapatos favoritos? ¿Dónde está el vaso roto?, la muerte está escondida en toda nuestra cotidianidad, abarca más de lo que parece, en cambio se detienen a contemplarla, cuando ocurre un suceso fatídico que termina con la vida de un ser querido.

La ausencia de esa persona cobra mucha presencia en la vida de los que se quedan un rato más. Nunca están preparados para esa dolorosa y abrupta despedida, la partida de *“esa persona importante”* deja muchos vacíos en el terreno físico. Claro que esa ausencia pesa cuando hay una celebración como una boda, un bautizo, un baby shower o una graduación; y ni qué decir del vacío en la silla de la cena de navidad, el hueco en el calendario el día que cumpliría años, el recordatorio constante de ese luto marcado el día de su funeral, solo existen dos días de tregua con ella, el 1 y 2 de noviembre.

La pulsera.

Es el año 2050 y acabo de cumplir 85 años. Hace dos meses, me llegó mi pulsera virtual donde me dicen la fecha de mi muerte — ¡Estas entregas virtuales son cada vez más eficientes!

Los colores de la pulsera son brillantes, me encanta ese rojo que se va transformando en naranja, amarillo, después regresa a rosa, rojo y de pronto se estanca en un color, dependiendo de tu estado de ánimo.

Antes creía que llegar a los 85 años era casi imposible para mí. Ahora solo sé que los años se van quedando y mi mente es cada vez más imaginativa, me permite crear muchas historias. Ya no veo muy bien me alegra que ya solo dictó y mi máquina virtual empieza a escribir las letras e incluso puedo tachar y borrar, para que mi escrito sea más natural.

Mi pulsera me está marcando una fecha exacta de muerte, me dice que me queda poco tiempo de vida.

Siempre me he preguntado ¿Qué es la muerte? ¿Es realmente ese paraíso que tanto te prometen las religiones o bien el infierno lleno de castigos y llamas eternas? ¿Es acaso esa luz que dicen está encendida al final del túnel en donde un grupo de muertos conocidos vienen a recibirte para que no te sientas asustada? ¿Será tal vez esa caída en la nada donde simplemente dejas de existir? Las teorías abundan, algunas para provocar miedo, ayudan a lograr una conducta de bondad y servicio, otras teorías son más mágicas o de paz.

La pulsera sigue cambiando de color, ahora es rosa y entiendo que funciona como un temporizador, que va restando el tiempo de vida.

Tengo muchas cosas que hacer antes de morir. Creo que recorreré el mundo, solo tengo que convencer a mis hijos de ir sola a diferentes lugares. A ellos no les he enseñado la pulsera, se preocuparían por su senecta madre. No estoy preocupada, sé que ya viví suficiente y ahora sólo quiero hacer un último viaje, a todos esos países que tanto me gustaron, el día que me pensioné y me dediqué a ser una trotamundos.

La niebla de Londres, los castillos de Irlanda, las pirámides de mi México, las cataratas de Canadá y esos guapos gondoleros de Italia. Ya tengo mi itinerario, regresaré a casa justo a tiempo para despedirme, dejar todo listo, pagado y resuelto para mi último adiós.

Morir a los 27.

Recuerdo las luces brillantes que brincaban en esas feas tonalidades de rojo, el humo de cigarro, el olor a sudor y las risas de la gente ahogadas por el sonido de la música a todo volumen, retumbando los cristales de las ventanas y los vasos. Recuerdo la poca luz, y el tumulto de gente bailando. Me recuerdo bailando justo en medio, pero no tanto para perderte de vista, yo me acariciaba las caderas al ritmo de la música, intentando ser sensual porque te miraba directo a los ojos, no me alejaba demasiado, aunque tu no bailarás quería estar ahí.

En el club, estaban todos nuestros amigos y algunos otros que no conocíamos. Tu estabas sentado junto a la barra, arriba de un taburete tomando un trago derecho, sin hielos tal y como era. Me mirabas fijamente, con seriedad solo para que de vez en cuando imitaras mi baile desde tu taburete, y te rieras de mí. También recordaba que por más que insistiera jamás querías bailar.

Solo ibas conmigo para cuidarme, o cuidarte de tus propios celos y porque al final de cuentas no me dejabas morir sola, pero bailar sí. Mirabas de reojo a los hombres osados al acercarse. No hacías nada solo veías, como volvía a ti derretida y prófuga de los hombres de mi edad.

Me sentaba contigo con la frente cubierta de sudor, limpiabas mi sudor e insistías que tomara un trago como tú lo hacías. Tras no convencerme repudiabas mi manera de tomar cerveza, con tomate o con limón y nombrabas lo muy aberrante que era. Me reía de ti y seguía ensuciando mi labio superior con la escarcha de mi vaso, para que después lo devoraras todo de mi boca. No eras aburrido, de hecho, siempre hacías reír a todos, pero bailar no era lo tuyo. Eras alguna especie de tronco, que lo único que podía hacer era girar. Sí conocía de troncos había bailado con algunos de ellos, pero contigo era imposible.

En mi pastel había un 27 y en el tuyo diez años más. Amigos pretenciosos de por medio, una materia de diferencia, una clase social y un estatus que a veces ni yo misma me podía explicar, esas cosas que pasaban por tu mente, que sinceramente a mí me importaban poco.

—Carmen — susurrabas entre la gente, para al final tirarme hacia a ti y no soltarme por el resto de la noche.

Aquel día no fuiste a dejarme a la casa de mi madre, quizá temías una mala mirada de ella o deseabas dormir conmigo. En la mañana me dijiste que había muerto Janis Joplin de sobredosis, a un mes de Jimmy H, un año después de Brian, y eso que aún no sabías acerca de Morrison. Me comentó

que algo raro estaba pasando y después de varias explicaciones me parecía que tenía razón, algo raro estaba pasando. Me disculpé, por no saber de eso tanto como tú.

Me habló de eso por horas, emocionado por qué un cúmulo de músicos habían decidido morirse a la misma edad. No entendía la misma emoción, pero supuse que morir de una manera misteriosa era algo bastante propio del Rock and roll. Escuché cada palabra, a pesar de no entenderte.

Me puse la ropa, mientras tomabas el último trago de café y te preparabas para llevarme a casa. Manejabas el auto, aferrándote al volante porque siempre que manejabas tenías la aterradora sensación de tener un accidente. Baje del auto, me acompañaste a la puerta, mi madre te mal miro a través de la ventana, sonreíste. Quedamos de vernos a las 20:00 en el mismo lugar, te pregunté si está vez si bailarlas dijiste que no, nos besamos de todos modos mientras yo me reía de ti.

Yo después de ir a trabajar, me dormí el resto de la tarde y al despertar me puse las medias que la noche anterior habías roto para llegar a mí. Sabiendo que harías un ademán de desaprobación cuando me vieras, agregando que podrías comprarme otras y no existía la necesidad de usar unas rotas como esas, te contestaría que no las usaba por eso, que me gustaban así, me miraras con recelo y al final aceptarías, aunque seguramente terminarías rompiendo por completo esa misma noche.

Salí con tiempo para llegar al menos treinta minutos antes de verte, antes de ser acaparada por ti y así charlar con mi amiga antes de que llegaras. Ni tarda ni perezosa, mi amiga comenzó a hablar. comentando de vez en cuando, cuánto detestaba a tus amigos, explicando que siempre hablaban de lo adinerados que eran y lo creídos que eso los convertía, yo no pensaba en eso y en la terrible conexión que debía ser tener amigos como esos, prefería seguirte a ti y solo enfocarme en lo muy prendida de ti que estaba. Mi amiga le llamó vanidad y estatus a nuestra mala fortuna de ser de otra clase.

Los minutos pasaron, no llegaste, se cumplió una hora y yo ya tenía cansado el cuello de buscarte en todo el lugar y no despegar los ojos de la entrada. Una hora y cuatro, me sentí olvidada y con la extraña sensación de que algo muy malo estaba a punto de pasar.

Un amigo tuyo se me acercó pasados los treinta minutos, con los ojos irritados y la mirada gacha, a decirme que, en un intento de robarte tu reloj, te habían disparado justo en la frente, en medio de los ojos y habías caído muerto al suelo casi inmediatamente.

—Murillo murió.

También dijo que tu madre había decidido velarte esa misma tarde, y yo por supuesto era la última en enterarme. Dudé por un segundo pero la cara de tu amigo fue tan convincente, sus ojos y nariz rojos por haber llorado y su semblante era como el de un zombi, de la película “La noche de los muertos vivientes” que tanto me gustaba y te hice ver. Cuando terminó de decirme sobre tu muerte repentina, se abalanzó a mis brazos y me dio un prolongado abrazo, que sentí sincero.

Mi amiga también me abrazó, ella también le creyó. Solo para que entiendas lo convincente que era. Yo por otro lado, me quedé helada sin moverme ni un centímetro, los minutos que tardé en comprender lo que me acaba de decir. Para mi desgracia lo entendí bastante rápido, no como aquellas personas que a pesar de saberlo lo niegan rotundamente. Recuerdo que desee ser una de ellas, pero en lugar de ellos mis ojos se llenaron de lágrimas, mis dientes castañearon y mis palmas sangraron después de presionarlas con las uñas un buen rato contra mi palma. Después de ahí no pude controlarme, te lo juro. Salí corriendo lo más rápido que pude, pasé entre la gente que ya empezaba a bailar, a la salida y pronto ya estaba en la esquina de esa calle. Por mucho que mi amiga y tu amigo intentaron alcanzarme, no lo lograron.

Seguí corriendo hasta que perdí el aliento, pero para ese momento ya tenía más de veinte minutos corriendo sin rumbo. Al reaccionar, no supe donde me encontraba, ahogada en mis lágrimas y mucosa, me costaba respirar me recargué en la pared mientras intentaba deshacerme de ese inmenso dolor de pecho que tenía. Pensé en tí y en que nunca volvería a verte, me sentí terrible hasta incluso deseé haberme tomado un trago derecho contigo, el que fuera mientras más me escaldara la lengua mejor. Sentí que se me iba el aire, desee tirar mis medias rotas y no incitar tu desagrado, desee quedarme sentada en la barra contigo y solo mover el culo un poco sobre la silla, desee amar el rock and roll tanto como tú lo amas y comprender cada largo monólogo sobre la muerte a los 27.

Un momento, frente en seco. Dejé de sostenerme el pecho incluso, levanté la cara y dejé de escurrir lágrimas. Acomodé mis ideas con eso, pensé en mi edad y en lo ridículamente poético que me parecía, mi edad y mi pensamiento insulso y caótico en ese mismísimo instante. Que cosa me hubiera acercado a ti más que una muerte parecida a tus tan amados músicos. Me fascinaba la idea, que había más *rockstar* en la vida, que morir de amor, que había más digno de una canción de rock psicodélico que la dependencia, puro romance pensé. Pensé en ti y traté de convencerme, tarareando todos esos blues en voz baja.

Llegó a mi mente ese miedo tan tuyo a los accidentes de auto y uní todos los puntos en mi cabeza, así sería mi amor. Temo decir que no tarde tanto en convencerme, yo ya estaba enloquecida, que me valía alcanzarte en aquel otro plano. Mi cerebro pronto se llenó de adrenalina, algo que me dopo bastante, digno de la psicodelia que tanto quería alcanzar, eufórica respiraba poco y totalmente excitada. ¿Qué podía ser más rockstar que saltar frente a un auto?

Te confieso que eso pensé, y en el bello cadáver que dejaría. Pero que tu cara quede embarrada en el pavimento, no era tan glamuroso. Aunque admito que ese fue un simple error de cálculo, de cómo debía ponerme cuando me pegara el coche, cuando la intención era dejar un bello cadáver. Murillo, si me morí a los 27.

Más tarde supe que si te habían intentado robar tu reloj, llegaste a las 21:45, con un ojo morado y cerrado, la boca floreada. Te habías encontrado a tu amigo, después de eso le dijiste que lo alcanzaba después en el club, que irías a tu casa a cambiarte la camisa llena de sangre, porque no querías que yo te viera lleno de sangre. Tu amigo había llegado primero al club y como siempre me odio, había pensado en lo divertido que sería jugarle una broma, que había aprovechado una pelea con su novia, que le había dejado la cara roja, después de llorar para hacerlo más creíble.

Cuando tú lo supiste parado en el club de la boca de mi amiga, enloqueciste casi tanto como yo cuando escuché de tu muerte, casi pierdes los estribos. Tomaste a tu amigo de la ropa, lo levantaste unos centímetros del piso, lloraste también. Y el simplemente dijo:

—Bueno, ni siquiera era la misma cosa — claro que se refería a la clase social, yo también lo pensé.

Supe que le pegaste un puñetazo directo en la cara y que casi le hundes la nariz. Me buscaste con mi amiga, toda la noche y no me encontraron. Supiste que morí al día siguiente y entendiste mi cuento casi inmediatamente, lo entendiste.

Jamás volviste a ir a ese club ni a ningún otro, y si bailabas tan solo un poco sobre el taburete, nunca más lo volviste a hacer. Lloraste mucho, lloré también.

Al año siguiente al enterarse de Morrison lloraste más y te preguntaste ¿Porque chingados morir a los 27?

Epílogo.

¿Cómo llegué aquí?

Monland.

Llegué a la escritura de la manera que he llegado a las mejores cosas de mi vida, simplemente de casualidad y por querer probar si esa actividad me era edificante.

Mi primer intento de escritura fue un cuento a una casita mágica que habito.

En mi curiosidad busqué apoyo de un tutor y en el camino encontré a una profesora con una gran energía y pasión por su trabajo.

Recuerdo como llegué el primer día a Pilares. Yo estaba un poco confusa de si eso que escribí tenía algún valor. Después de leerlo, la sonrisa y aprobación de mi tutora me hizo agradecer y seguir escribiendo.

Cada escrito es para mí una pequeña historia que puede contarla cualquiera; un narrador, el protagonista, el gato, el que nunca se atrevería a hablar o quien sea. Pero al final el cometido es lograr ese impacto en los demás; negativo, positivo o una total indiferencia hacia la historia leída. A eso se dedica el arte, a causar una reacción.

Empecé a ser escritora y voy a seguir y tal vez en mis andanzas, alguna vez escriba un libro que alguien lea y lo guarde en su biblioteca como uno de esos libros que adoptas y se quedan contigo.

He aquí una muestra del trabajo de muchas mañanas y tardes donde los temas acalorados nos llevaron a cuatro escritos de cada tema elaborados con diversos estilos, pasiones, personalidades y en los que la única coincidencia es el amor por las letras escritas.

Gracias Enid por tu entusiasmo y apoyo.

Gracias Ali y Mara por ser parte de este equipo de soñadoras.

Ali Floressiente.

Qué cómo llegué aquí, fue gracias a ella, la soñadora, la que quería conocerlo todo sobre la vida, la que pasaba horas filosofando sobre la vida, la que tenía sed de conocimiento, pero no del científico ni de fórmulas algebraicas de güeva, no, que va. Ella tenía muchas preguntas sobre la vida y los adultos pocas ganas de responderle, se sentía incomprendida, sentía que nadie en el mundo podía entender un poco lo que pasaba debajo de su piel y así fue como un día tomó uno de los libros que había en casa: “Las batallas en el desierto”, se metió en la piel de Carlos y lo sintió todo: desde el enamoramiento, ese que se da tan sin saber de dónde llega pero te posee por completo, hasta la rabia que provoca el nulo interés, pues los adultos creían que algo andaba mal con él, quizás enfermo, nadie en su mundo se detuvo a ver que él estaba enamorado de un amor que no podía ser. A partir de ese momento supe que en los libros siempre encontraría a un amigo, aliados para explorar otros mundos, ampliar mis horizontes y también la voz de lo que no me atrevo a mirar ni pronunciar.

El gusto por los libros también despertó su lado creativo, sus ganas de contar historias, de explorar todas las realidades posibles que la imaginación regala, ella me encomendó ese sueño pues a los 15 o 17 años se sentía inexperta y opacada por los grandes literatos, aunque hoy todavía inexperta, cuento con la certeza de no quedarme con las ganas de nada, de hacer realidad ese sueño, de revivirla a ella para que conjugemos palabras, historias y sentimientos que den vida a aquella semilla.

Me siento muy agradecida y contenta por haber llegado a este espacio donde me encontré con mujeres de corazón vibrante y letras inspiradoras, que me han ayudado a desempolvar mi pluma y sacudirme la pena y el miedo de ser leída. Gracias Enid, Mara y Mónica por no darle espacio al síndrome del impostor y alentarme a seguir escribiendo, compartiendo y expresando mis letras.

Mara Ruth.

¿Qué cómo comenzó? Muchos se lo preguntaran, algún día yo también me lo pregunte y la conclusión fue desde niña con todas mis inconformidades y mis anhelos escribía, para luego poner mis notas en sitios estratégicos para que las viera mi madre. Debo aclarar que siempre los encontraba ella, pero una vez que los leía mamá no daba crédito a que mi mente fuera la ejecutora de esas notas, pensaba que había una mente maestra aconsejando. Pero yo despejaba sus dudas, a veces me gane su admiración y otras unas palmadas en las posaderas. Por eso escriba y no se atemorice.

Nosotras las musas, fuimos las generadoras de esta fenomenal aventura, dando evidencias desde el amor, desde las dolencias, desde la frustración, desde los temores y miedos. En un sentido de retribución ante tantas experiencias que compartir.

No cabe duda de que el escritor tiene dos excedentes o muy social, o muy aislado. Cuando escribo no dejo de reflexionar que necesito un nombre, pero aun más un renombre para ser vista.

La ruptura de la comunicación no es la falta de ella sino las contrarias que comunican diferentes cosas, el que escribe comunica, el que habla comunica y el que calla también comunica.

Me queda claro que no es el numero o la cantidad, lo que hace a un lector voraz, es la maestría con la que llega a desmembrar la obra, no solo de forma sino de fondo y encuentra su propia clave.

La práctica de ser escritor se ve, por algunos disminuida por la envidia, incomprensión, frustración, pero consuela el dilema que el crítico de rasgos del el mismo y se acomoda al tamaño de la crítica, por mi experiencia los que solo leen la sinopsis o la solapa del libro.

Por eso mis estimados lectores, escritores no se provoquen enamoramiento rápido y no sueñen con la inmortalidad, solo fluya. Les guste o no el escritor se vuelve activo contributivo eterno para la sociedad y si por laguna razón extraña escribiera sobre las polis donde habita, seguramente lo haría desde ahí siendo un ciudadano más de la misma, que solo sustento desde la observación dando así sangre, carne, tiempo y vida.

Agradecimientos.

A la institución Pilares Antonio Helguera.

Coordinador de Literatura: Hugo Sánchez Gonzales Zarzapian por su profesionalismo y dedicación.

Subcoordinadora de literatura: Emma Karina Martínez Tornero, por su activa colaboración.

A la titular del taller literario Enid Pech, por su desbordada pasión.

A mis colegas:

Mónica Landa, mujer admirable.

Alaide Florencio, mujer de lucha constante.

Y una servidora que solo disfruta escribir, mil gracias.

Enid Pech.

La verdad si hablo de mi jamás acabo, pero mi camino en la escritura empezó hace bastante, le calculo que fue en la secundaria, cuando empecé a devorar libros como una aspiradora, aunque mi abuela podría jurar que invente historias mucho antes de incluso aprender a escribir. Como sea desde entonces estuve total y completamente segura de que mi camino era ese. Si bien tomé otras vertientes como la enseñanza, ser maestra empezó más tarde, pero es amado casi tanto.

La verdad me causa pedo, que me lean, pero ya que lo hacen, disfrútenlo.

Cómo líder y guía de este proyecto me enorgullece guiar a tan valiosas escritoras, en un camino tan fabuloso. Es mía la fortuna de en un mundo tan apático, encuentres gente al fin y no solo eso, que puedas crear tan magnífico proyecto sentadas en un escritorio con plumas y papeles.

Aprovecho todo esté discurso para agradecer a Héctor por inspirar algunos de estos cuentos, a Lucy por existir, a mi gato Aristóteles quién al saltar en el teclado de la PC entorpecía mi trabajo. A mis compañeras de libro, que me ayudaron a emprender esté camino por primera vez, Mónica, Alaide y Mara que ayudaron a perder el miedo. A todas y todos los compañeros como Nahomi, M, David y Francisco Javier que me ayudaron a terminar esto a tiempo.

Y por supuesto a todos mis Musos que inspiraron y no lo hicieron, a escribir estos cuentos. Me apropio el derecho a llamarles Musos, puesto que musa no soy, yo soy la artista.

Fin.

Todos los derechos protegidos por Inadautor.

Alaide Florencio Moreno autora de: Musa condena, Hechizo de amor, Monologo sobre el erotismo, Adicción a primera vista, Las luchas de Eunice, Primera parte, El disfraz, Las temidas brujas, Eva tuvo la culpa, Una noche oscura del alma, Dilación, Lo que nunca fuimos y El Álbum.

Enid Lugo Flores Autora de: La materialización de mis costumbres, Sonia Calavera, El soliloquio de la R y de la A, Querido Satanás, De mis rebeliones, Mal parados, Las insatisfechas mujeres de la calle Maple, Socorro, La Diosa Acera, La dualidad, El habitante, Conversación aleatoria y Morir a los 27.

Mara Ruth Minjarez Martínez autora de: Tinta, Ardid, Piel de ébano, Recuerdos amorosos, Cuantas veces, Imperfecciones bellas, ¡Yo, No!, Tecuich Ixcaxochitzin, Atracción luna, Yo me pregunto, Transfundir, Sabio es el tiempo, Devastación, Verme de frente.

Mónica Landa Ramírez autora de: Miradas Cruzadas, Hierbabuena, Encuentros, Carretera de doble sentido, Para siempre, Receta rápida, Percepciones, La nana Juana, Alboroto en la calle, ¡Apestas!, Hola, Roque, Marcas, El gato Tom y La pulsera.

Corrección de estilo por Enid Pech y Nahomi González Rodríguez.